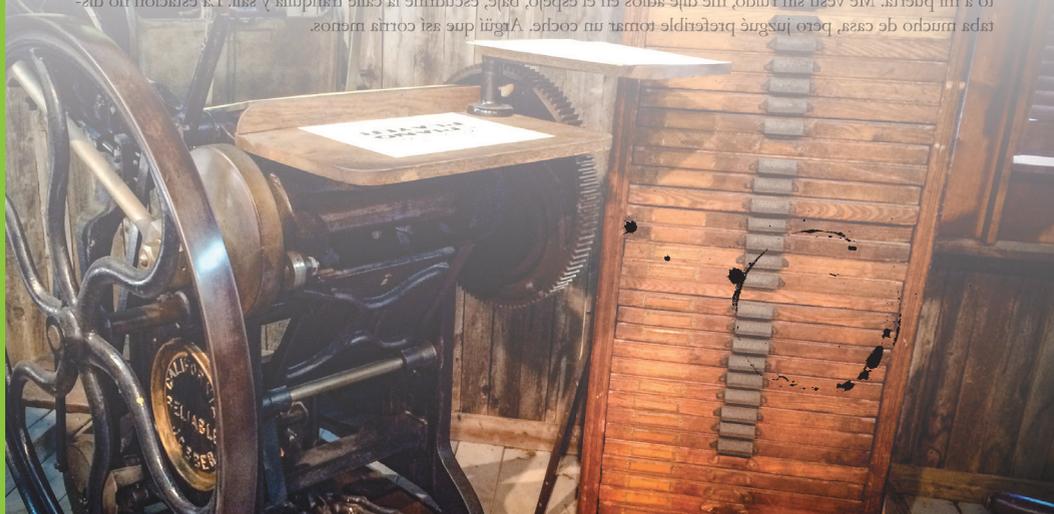


3er Concurso de relatos cortos de la Salud en el Trabajo

Abril de 2017

ED
y yellow
must be
willing to



3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

Abril de 2017

Federación de Servicios a la Ciudadanía de CCOO
C/ Fernández de la Hoz, 21 – 1^a
28010 Madrid
Telf.: 91 757 22 99
www.fsc.ccoo.es


servicios a la ciudadanía

Edita

Federación de Servicios a la Ciudadanía de CCOO
C/ Fernández de la Hoz, 21 · 1ª planta. 28010 Madrid
Teléfono: 91 757 22 99. Fax: 91 548 16 13
www.fsc.ccoo.es

Impresión

GJPRINT Comunicación Gráfica S.L.
info@gjprint.es
Teléfono: 949 277 388

Octubre 2017
Depósito Legal: M-31194-2017

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

ÍNDICE

Presentación	5
Relato ganador: SUCESO , Raúl Clavero Blázquez	7
Mención Especial: EL AUTOR DEL PLAN , Francisco Javier de la Cruz González	11
TORTURA , Fernanda Caballera	13
LA BRUJA , Aper	17
CAFÉ CON LECHE , Fermina Peruchena	19
ACCIÓN EN LA TORRE , José Carlos Rabanal Marcos	21
LA PICADORA , Javier del Águila Quirós	23
ESO DE LA PREVENCIÓN... , Alejandro Romero Mirón.....	25
NO SOLO LA SILLA , Ángel Luna	29
RIESGO OCULTO , Joaquín Ortega Herrera	31
DESDE EL OTRO LADO , Gloria Llanes Fernández de la Cueva	33
QUIERO SER MARINERO , José Casado Martínez	35
SOLEDAD , Mariano Gallo Fernández.....	37
¿DE QUÉ TE JUBILAS? Y ¿DE QUÉ NO TE JUBILAS? , Pyemsa por Ncarrasco	39
LA JAULA DE LA VIDA , Jesús Antonio Martínez Lombó	43
LOS EDIFICIOS Y MATERIALES SON PARA HUMANOS , Marianela Ibáñez Mellado	45
SIGLO XXI, ¿TIEMPOS MODERNOS? , Ignacio Beaumont Olaberri	47
MI PEOR AMIGO , Pedro Andrés González Ruiz	49
EL VIAJE A LA PLAYA , José Javier Moreno Sola	51
DE POLILLA A MARIPOSA , Raquel Camazón Olmedo	53

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

RELATOS

Nuestra sociedad está basada de forma clara en el mercado laboral. Para bien o para mal, se trata de una de las grandes dimensiones que condicionan nuestra vida, desde la forma en la que organizamos nuestro tiempo, hasta incluso la manera en que es entendida la educación de nuestras hijas e hijos pensada y basada en las posibles futuras necesidades del mercado de trabajo.

Podría pensarse que en el siglo XXI y con años a nuestras espaldas de avances en todos los ámbitos, los aspectos relacionados con el trabajo tendrían que haber evolucionado de una forma más importante y sin embargo seguimos anclados en un sistema que desfavorece a las personas frente a una concepción economicista simplista.

La crisis de los últimos años ha tenido como consecuencia inmediata la pérdida de derechos de los trabajadores y trabajadoras. Los recortes los vienen sufriendo los colectivos más vulnerables y años de logros y de luchas sindicales, se diluyen para retroceder aun más en la concepción de la productividad, entendida por el tejido empresarial, como la permanencia durante la mayor cantidad de horas posibles e imposibles en el puesto de trabajo.

La principal consecuencia, además de la evidente pérdida de la salud de las personas, es la sensación de indefensión cada vez más generalizada que nos hace considerarnos más como números dentro de una empresa, que como personas que podemos y sabemos aportar nuestra experiencia en el mundo laboral.

Este clima actual se ha materializado ya en el aumento de los accidentes de trabajo, de los suicidios, de las bajas por estrés, ansiedad y depresión. En definitiva una serie de daños sobre la salud de las personas que a su vez tienen un coste tanto social como económico muy relevante.

Para la Federación de Servicios a la Ciudadanía de CCOO, una de las formas en que la sociedad tome conciencia de esta situación, es visibilizar lo que está ocurriendo en nuestro día a día.

Los relatos son una de las formas que nos hemos propuesto para hacer visible lo invisible. Cada historia que leeréis a continuación o las escritas en ediciones anteriores, es una forma de tomar el pulso de nuestra sociedad y de ceder la palabra a cada una de vosotras y vosotros.

Por último, debemos agradecer a cada uno de los participantes, vuestra disposición a hacernos llegar vuestra historia. Tenemos la convicción de que no caerá en “saco roto”.

Secretaría de Salud Laboral de FSC-CCOO.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

SUCESO

Raúl Clavero Blázquez

1.- Lo que no sucederá

Mateo mira por la ventana. Al otro lado, en un cielo sin luna, tímidamente se desata una de las primeras lluvias del nuevo septiembre. En el antiguo silencio, sólo mecido por el diapasón de los neumáticos, se introduce también ahora la melodía de las gotas, un modesto traqueteo que empapa despacio la autovía, que cae, acariciándolas, sobre las hojas de los árboles lejanos, o sobre las corazas brillantes de los otros coches. Mateo casi puede sentir el agua sobre la piel. Cierra los ojos y le asalta a la memoria el olor de la tierra húmeda, y recuerda a Claudia en la hierba, recuerda su sonrisa, y aquel extraño, delicioso, y perpetuo sabor a regaliz de sus labios. Qué habrá sido de ella, debería escribirle un correo, piensa, y abre de nuevo los ojos, y mira el horizonte velado por esa lluvia de gotas pequeñas y delicadas, como las manos de Claudia. Mateo no sabe que nunca más hablará con su novia de instituto. No sabe, no puede saberlo, que para él ésta ha de ser la última lluvia.

Seis butacas por detrás del asiento de Mateo, Cristina repasa mentalmente los apuntes de fonética. Es la única asignatura que le falta para terminar la carrera, y ya la ha suspendido tres veces. En seis días hay convocatoria extraordinaria de un examen que Cristina no aprobará. No irá, por tanto, a la fiesta de Sandra, y no discutirá con Jandro. No romperá con él. No se marchará una temporada a Londres, ni encontrará trabajo como documentalista en Bristol. No conocerá a Richard. No tendrá hijos, no tendrá nietos. No compondrá, sentada en su mecedora, bajo la luz adecuada y con una taza de té entre sus manos, la estampa perfecta de la placidez. No será llorada en otro idioma, pero las lágrimas en su nombre serán abundantes y televisadas.

En la última fila Úrsula se masajea las sienes. La discusión con su hija ha sido absurda. Durante todo el fin de semana había logrado reprimir sus ganas de corregirla, pero justo antes de coger el taxi hacia la estación de autobuses no pudo aguantarlo más y le dijo que no era bueno regar tan a menudo las plantas. A partir de ahí, con esa mínima excusa, se desencadenó una espiral de reproches y rencores acumulados. Aunque sabe que no toda la culpa es suya, Úrsula necesita disculparse. No puede llegar así a casa, enfadada otra vez. No. Tiene que hablar con Marta. Recuperar la paz. Mira la hora en el móvil. “Es muy tarde“, se lamenta, “quizá sea mejor esperar a mañana, hablaremos con más calma“, concluye. En pocos minutos Úrsula se arrepentirá profundamente de no haber hecho esa llamada.

En el resto del vehículo doce personas sueñan y seis intentan dormir. Entre los despiertos, Ricardo (que ya no se jubilará, ni volverá a mirar, sin que su mujer lo sepa, fotografías de hombres desnudos) será el primero en darse cuenta de la tragedia. Morirá antes de la tercera vuelta de campana, cuando una varilla se desprenda de su reposabrazos y se le clave limpiamente entre las costillas, perforándole el pulmón. En el aliento final, sin saber por qué, se acordará del parque en el que jugaba en su infancia y del miedo inexplicable que le provocaba siempre aquel columpio rojo.

2.- Lo que sucede

Va con retraso. Damián ha parado un par de veces más de las previstas, pero el café no logra solucionar nada. Los párpados le pesan. Se abofetea. El sarampión del niño apenas le ha dejado descansar. La bolsa de hielo en su espalda ha comenzado a licuarse. No puede encender la radio. Bosteza. Ésta es la peor de las lluvias, preferiría un temporal, una tormenta eléctrica, tan furiosa que le impidiese dormir o que le diera la excusa perfecta para detenerse. Bosteza. Recompone la postura sobre el asiento. Bosteza. Las estelas de los faros en el otro carril parecen dibujar pentagramas fugaces. De pronto hay una curva. Sin poder evitarlo Damián ha cerrado los ojos durante varios segundos. La rueda delantera izquierda roza levemente el pretil central. Las traseras patinan, arañando el asfalto con un chillido de bestia salvaje. Y aunque Damián cree, por un momento, que ha salvado la maniobra, una furgoneta no logra frenar a tiempo y embiste el lateral del autocar. Un grito. El sopor desaparece repentinamente “¿Qué pasa?” dice alguien. Damián trata de rectificar la dirección. Gira bruscamente. Izquierda. Derecha. Izquierda. Y basta un pequeño obstáculo, una señal de tráfico, una piedra, un bordillo, para que diez toneladas de metal a cien kilómetros por hora se venzan sin oposición, como un edificio en ruinas, hacia un costado. Después una vuelta en el aire. Dos. Tres. Cuatro. y diez metros de caída hacia lo más profundo de este valle en el que, hasta el amanecer, seguirá lloviendo.

3.- Lo que ha sucedido

Damián, recostado en la silla, con las piernas estiradas, y la cabeza hundida entre los hombros, arranca con las uñas la pintura gris de la mesa. De pie, en el otro extremo del despacho, un hombre sudoroso mete y saca papeles de un archivador.

- Ya sabes cuál es la situación.
- Lo único que sé - gruñe Damián, levantando la mirada -, es que estamos haciendo turnos de catorce y quince horas.
- ¿Y qué quieres? No podemos contratar a más gente, ¿es que no lo comprendéis? No hay dinero ¡No hay dinero, joder! y la culpa es vuestra.
- ¿Qué?
- Que la culpa es vuestra. Si los más antiguos hubiérais aceptado el recorte de los sueldos ahora las cosas serían distintas ¿Que hacéis catorce horas? Ya os hemos explicado cientos de veces cómo manipular los tacógrafos, así que no me vengas con historias.

El hombre sudoroso se acerca y se sienta al ordenador, en el lado en penumbra del cuarto. El sol comienza a declinar en el horizonte. Varias nubes dispersas empañan este septiembre que nace. Damián se cruza de brazos.

- Fernando, lo peor no es que nos estemos saltando la ley.
- ¿Ah no?
- No, lo peor es que cualquier día va a ocurrir una desgracia.
- ¿Es una amenaza?
- Es la realidad, Fernando.
- En los sesenta años de esta empresa nunca hemos tenido un accidente grave, ¿entiendes? Nunca ¿Una desgracia? Por tu propio bien, Damián, encárgate de que eso jamás suceda.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

EL AUTOR DEL PLAN

Francisco Javier de la Cruz González

Fib y Part vivían entrelazados en una comunidad de iguales cuyo origen se remontaba a la década de los 60. Part era entrañable, prudente y, por encima de todo, sensato, muy sensato. Su aspecto rechoncho rebosaba bondad.

- Escúchame Fib, escúchame... escucha, por favor... nuestra vida aquí es idílica y ejemplar. Si permanecemos unidos, quietecitos, sin movernos, nadie se acordará de nosotros y podremos seguir cumpliendo con nuestro cometido. Somos impermeables, resistentes... y no hay ningún valiente que se atreva a certificar el fin de nuestra vida útil. ¡No podemos pedir más!

Fib, en cambio, había dado el estirón y era puro nervio. Medía más de 5 micrómetros y fruto de su actividad deportiva había conseguido moldearse con un diámetro inferior a 3 micrómetros. En definitiva, era todo un adonis estilizado cuya relación longitud -diámetro se encontraba claramente por encima de 3.

- Esto no es vida, Part Sabes que no quiero estar toda mi vida en esta mezcla de cemento y fibras. Mi sueño es visitar un pulmón y no descansaré hasta conseguirlo. Ya verás cómo tarde o temprano aparece algún incauto y...

No muy lejos de allí, el intrépido autor del plan tecleaba en su portátil con dedos ágiles. De manera solvente y con cierto aire de autosuficiencia ejecutó el comando “guardar como” y puso nombre al plan, a la vez que consumaba su propio plan, que no era otro que el de reconvertir su empresa de construcción en otra de demoliciones y retirada de cubiertas, bajantes y, en definitiva, todo lo que pudiera retirarse y se pagara bien. La crisis económica había azotado a su empresa hasta llevarla al límite. En la retirada, decían, sí había cierto mercado. Por eso su primera alegría fue la de poder inscribirse en un registro de empresas súper especializadas que ni tenía coste ni requería acreditar ningún tipo de medio o solvencia... únicamente era necesario enviar el formulario. Aquello empezaba bien. Tan solo faltaba encontrar a los clientes y comprar unos monos blancos de esos del CSI... dio una caladita al cigarro y se comprometió en el plan a utilizar una cabina de descontaminación que más parecía un simulador de esos de realidad virtual de las ferias y que no tenía muy claro ni cuánto costaba su alquiler y, menos aún, si era estrictamente necesario utilizarla; bueno, eso ya lo decidiría sobre la marcha ... y si le incomodaban con demasiadas exigencias, había pensado darse de alta como autónomo, de esa forma se evitaría trámites burocráticos.

Un ejército de cumulonimbos sobrevolaba la comunidad. Dos masas de aire de diferentes temperaturas avanzaban con el firme propósito de darse un buen abrazo. Fib parecía crecer un poco más, cerró los ojos y soñó... Part también cerró los ojos, pero se concentró de manera ilusa en su futuro de material no friable.

- Amigo Part, mi longilineo cuerpo está erguido como una escarpia. Presiento algo grande...

El autor del plan vio el relámpago e inmediatamente después oyó el trueno. La tormenta ya está aquí, pensó. Dio una nueva calada al cigarro y se apresuró a terminar el documento; no le importó dejar a medias la parte de los EPI's, ya decidiría sobre la marcha...recordó que aún le quedaba media caja de mascarillas de esas blancas con goma que no utilizaban nunca; bueno sí, se las pusieron un día que les dijeron que iba a pasar por allí el técnico de los riesgos y los peligros.

La electricidad estática del ambiente erizaba las fibras de aquella cubierta. Comenzó a llover. Primero tímidamente, gotitas que refrescaban la superficie ondulada y hacían cosquillitas. De repente, un ejército de granizo se lanzó hacia el objetivo. La cubierta se convirtió en un auténtico Perl Harbour. Decenas, cientos de kamikazes de hielo la agujerearon por completo.

El autor del plan guardó su plan en el ordenador portátil, presto para ser remitido para aprobación en cuanto le saliera un cliente. El contenido daba un poco igual, todos eran idénticos. Ya improvisaría sobre la marcha...

La tormenta cesó. Los destrozos eran considerables. No había marcha atrás, había que retirar la cubierta de aquella nave agrícola y sustituirla por otra nueva.

El autor del plan y el propietario de la nave cerraron el pacto. No había tiempo para más dilaciones. Era necesario actuar rápido, si no el material almacenado se echaría a perder. El autor del plan actuaría por la tarde; de esa manera las hordas supervisoras del artículo siete y nueve de la Ley de Prevención tendrían menos margen de actuación. Además, como era verano y atardecía muy tarde, aquello de las cuatro horas de utilización de los EPI's ya le daba un poco igual...

Los trabajos de retirada comenzaron a media tarde. El autor del plan se puso el traje del CSI; sin embargo, la mascarilla de pintor, la blanca de la gomita, se quedó en el coche...

La rotura de la placa liberó a Fib y Part y quedaron flotando en el ambiente, ingravidos. El autor del plan dio una nueva calada al cigarro. La corriente de aire inspirado les llevó hacia la nariz. Part quedó atrapado en un pelillo del interior. En cambio, Fib superó la barrera de las fosas nasales. Atravesar la faringe y la laringe no supuso mayor problema. Descender por la tráquea fue como lanzarse por el tobogán de un parque acuático. Franqueó bronquio, bronquiolo y alveolo con gran facilidad y cayó en el interior del pulmón. Se levantó un tanto desorientado; tras ponerse en pie, miró alrededor y se aproximó hacia una zona más oscura que había en la pleura de aquel pulmón. Al llegar a la mancha lo tuvo claro, aquello era una auténtica fibrosis, un paraíso de diversión para fibras como él.

Fib había cumplido su sueño. El autor del plan, su familia, amigos y compañeros pronto, en cambio, comenzarían a perderlo...

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

TORTURA

Fernanda Caballera

Siete de la mañana. Suena el despertador. Miro al techo. -Por cierto al techo le vendría bien una mano de pintura-

Me levanto. Bostezo. Me ducho. Desayuno café con dos de azúcar y croissant. Escucho la radio mientras desayuno, (sigue la guerra en Siria). Me miro al espejo antes de salir. -Me estoy quedando calvo - “Tengo que ser positivo, tengo que afrontar la rutina con el mejor ánimo posible...” (pienso para mis adentros). “Bailar” con un ordenador 8 horas, (¡¡¡qué tortura!!!).

Llego a la empresa. Ficho tecleando en una centralita mi número de identificación. - Eso es lo que soy para la empresa: un número -. Doy los buenos días a mis compañeros. (Lo mejor - y quizás lo único - que me hace soportar el trabajo: mis compañeros).

Me pongo los cascos. Y ahí empieza la tortura. Primera llamada, - chillando -: «¡¡¡Oiga; me han cortado la luz por error... la morosa es una tal Mari Cruz, mi vecina del quinto interior...quiero que me restablezcan el suministro inmediatamente!!! Y así una llamada tras otra y otra y otra...8 horas... Cada vez lo soporto peor. Tengo estrés, estrés, estrés mucho estrés!!!

Por fin son las 16h. Me voy a casa en metro. En mi cabeza se repiten conversaciones que he tenido con algunos clientes. En el vagón; un trompetista intenta tocar «balada triste de trompeta» (desafina). Le doy 50 céntimos. Salgo del vagón. Me quedo unos segundos pensativo en el andén.

Tengo un trabajo de teleoperador, mal pagado, mal considerado, mal mal muy mal... ¿Y si esperara el siguiente metro para acabar con todo? (Es la primera vez que tengo un pensamiento autodestructivo). Me empiezo a preocupar. Quizás tendría que ir al médico... Pero si me ausento del trabajo...a mi jefe no le sentaría muy bien y no quiero arriesgarme a perder el trabajo. Tengo la hipoteca de mi piso. Un piso pequeño en el extrarradio; pero suficiente para mí solo.

Llego a casa. Le doy de comer a mi gato. Enciendo un cigarro. Leo el periódico. Me cuesta leer últimamente. Se me cansa la vista. Necesito gafas. Estar ocho horas delante de la pantalla del ordenador me está haciendo perder vista...Pero este mes no me puedo permitir el gasto que supone unas gafas nuevas, (...) Pongo el televisor. Están emitiendo un programa de esos de «supuestos» talentos. El primer concursante es un cantante. En ese momento mi memoria me devuelve a un pasado anterior a esta maldita crisis. Hace

unos años tenía un trabajo que me realizaba mucho más y - sobretodo - mucho mejor pagado. Solía salir los viernes. Al final de la noche mis amigos y yo íbamos a un karaoke, (...). Nos divertía «destrozar canciones» y tornamos un par de copas. Hoy no puedo. Mi economía no me lo permite...Además mis cuerdas vocales están resentidas por tener que hablar 8 horas continuadas en el trabajo.

Me voy a la cama. Tengo insomnio. «Un búho imaginario sobrevuela mi cabeza». La perspectiva de mañana me hace estar intranquilo. Mañana es viernes. Tengo «control de calidad». Eso significa que un superior mío me repasará todos los fallos cometidos durante la semana. Los tiempos de lavado, los tiempos administrativos, las pausas visuales, etc... (Tortura sobre la tortura). Pongo la radio.

Consigue relajarme un programa en que los oyentes cuentan sus problemas y con la relajación, por fin: el sueño.

Suena el despertador. Las 7 de la mañana. He dormido apenas 4 horas. Mi vida se repite una y otra vez. Me siento como el protagonista de «atrapado en el tiempo». Llego de nuevo a la empresa. Me conecto. Siempre me hizo gracia ese término. «Me conecto». Porque sí; porque me siento conectado. Conectado a algo que no es positivo ni para mi salud física ni mental, (...).

Miro a mi izquierda. Una silla vacía. Mi compañera no está. Otra compañera me dice que ha cogido la baja por una gripe. Normal, por otra parte. Hace frío. Mucho frío. La temperatura en esta parte de la plataforma es muy baja. En cambio en la otra punta de la sala hace mucho calor. Nunca funcionó correctamente la climatización.

Media mañana. Llego mi descanso. Estiro las piernas. Me duele la espalda. Las sillas están muy desgastadas. Llevan 20 años en la empresa. No las cambian por ahorrar. Quieren más a las sillas que a los trabajadores, (...).

Aprovecho esta pausa para tomarme una aspirina. Me duele la cabeza. El ruido en el centro de trabajo es, (en ocasiones), insoportable. Cien personas hablando a la vez. De hecho; creo que estoy perdiendo audición.

Y después del descanso: la charla con la auditora. Según ella tengo que reducir el tiempo de las llamadas. «Es muy alto», (dice). Además me lo dice en un tono...en un tono que me hace sentir un niño a quien le están dando una bronca. A partir de ese momento cojo las llamadas con un «plus de estrés». Deprisa, deprisa, deprisa. Todo va deprisa. Todo menos mi jornada, (que se hace eterna).

4 de la tarde. Parecía que no iba a llegar nunca esta hora. Se acabó mi tortura.

Además hoy es viernes y el fin de semana libre. (Hay dos fines de semana al mes que no trabajo...). Llego a casa. Estoy mucho más relajado. No tener que trabajar mañana

me hace estar más tranquilo. Paso la tarde escuchando música, haciendo crucigramas y fumando. Debería dejar de fumar. -Mi voz es mi herramienta de trabajo ...-.

Suena el despertador. Sábado, 9 y media de la mañana. Me despierto. Venciendo la pereza cojo una escalera y comienzo a pintar el techo. En un descuido; salpico a mi gato con un poco de pintura.

Sale corriendo despavorido. Sonrío. Es la primera vez en 5 días que sonrío.

Durante la semana mi sonrisa se quedó en el teléfono.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

LA BRUJA

Aper

Os voy a contar una historia, no se si os sonará... Cuenta la leyenda que había una bruja malvada, dicha bruja no le gustaba que le dijeran nada, solo que acataran sus ordenes, tenía cinco muchachas a su cargo, vivían en una casa enorme en la lejanía, en ella había baño, cocina, unos pasillos enormes y muchas habitaciones, como no tenían gente de servicio, la bruja obligaba a trabajar a las muchachas de sol a sol, tenían que hacer ellas sus tareas, empezaban a trabajar muy temprano, a las ocho de la mañana, recogían, limpiaban, ordenaban, todo lo que se suele hacer en una casa, tanto es así, que la bruja las vigilaba a ver si estaban cumpliendo con su trabajo. Por otra parte las muchachas nunca se quejaban, siempre cumplían con lo que le mandaba la bruja, pues ella era quien les daba el sustento, como en toda casa hay también roces y las muchachas de tanto trabajar, tenían pequeñas discusiones, algunas veces no se entendían, se confundían en el trabajo, lo que ya estaba hecho, lo volvía hacer otra muchacha, pero siempre arreglaban sus diferencias para que la bruja malvada no las castigará.

Un día, una de las muchachas se encontraba mal, y fue hablar con la bruja, le dijo que necesitaba unos días de descanso tanto ella como las otras muchachas, porque había sido muy duro el trabajo que estaba haciendo y llevaba meses sin descansar, tanto ella como las otras chicas. La bruja como malvada que es le dijo que no, que ellas no tenían por qué descansar, que estaban a su servicio. Tanto fue así, que la bruja decidió mandar a las muchachas a una casita que estaba por debajo de donde ellas vivían, era como una casa de castigo, pasaron de vivir en una casa reluciente y limpia a estar en una casa sucia y morroñosa, donde cuando llueve se moja, donde no había baño, ni cocina...

Un día, cansadas del castigo que les había dado la malvada bruja, decidieron irse y abandonarla por completo, cuando esta no se encontraba por los alrededores, porque como ya les había contado la malvada bruja vigilaba a las muchachas, estas decidieron irse, buscar una vida mejor fuera de esclavitud y de tanto trabajo, excepto dos de ellas, que les daba miedo la bruja por las consecuencias que pudiera acarrear en dejarla sola.

La bruja al enterarse de esta situación, la cojió con las pobres muchachas que se habían quedado con ella, les hizo hacer mudanza, de la casa grande con todas las comodidades, a la casa pequeña, sucia y morroñosa, que se moja, que no tiene baño y que poco le llega la luz del sol... las muchachas por no llevarle la contraria hicieron lo que la bruja les dijo, pese a que ellas estaban de criadas de ella, dicen los sabios y los que saben la historia, que hasta el sol de hoy las muchachas siguen con la bruja y que ha raptado más chicas para su beneficio, trabajando para ella como esclavas, sin descanso, de sol a sol,... Por este motivo yo me pregunto... ¿merece cambiar una casa donde se trabaja como esclava, pero tiene

cocina, baño, habitaciones, orden, por una que no tiene lo que hemos mencionado antes y que es doble trabajo para las muchachas?

Esta historia, metafórica, es la que sucede en el servicio de archivo del hospital, las chicas trabajaban en un archivo donde no había tanto orden, pero se trabaja coordinadamente, cada una sabe lo que tiene que realizar al día, el trabajo que tiene que salir, donde podía ir a descansar, donde había baño cerca y un pequeño office para el desayuno. Ahora, es lo contrario, están en un ZULO, exactamente en la planta -2, no llega la luz del sol, donde aunque todas las historias están en la misma planta, y estén ordenadas, muchas compañeras han cambiado de servicio por motivos de salud.

No hay una cocina, donde se pueda beber un vaso de agua, o lavarse las manos, un baño, tal que el que les han dado, tiene que subir una planta para poder utilizarlo, cuando llueve se moja, y eso que están medio “bajo tierra” y como las muchachas de la historia, tienen que limpiar ellas mismas el archivo porque no viene personal de limpieza del hospital a limpiar, mínimo el polvo que se acumula, de días y días de trabajo. Los compartimentos donde se encuentran las historias archivadas, no están en buen estado, puesto que tienen una ruedas, y la verdad que no está muy bien para poder rodarla para acceder a las historias. Son pequeñas cosas, que a la larga se notan en un servicio que es básico para los pacientes, puesto que el servicio de archivo, tiene todos los historiales que necesita el hospital día a día, mes a mes y el personal necesita también tener buenas condiciones de trabajo y sobre todo de salud. Con esto, no quiero decir que el archivo que estaba ante fuera “maravilloso”, porque también tenía algún fallo, pero es que en el que están ahora es peor, solo digo que hay personas humanas trabajando y que necesitan descanso, y un mínimo de condiciones para trabajar y cumplir con el trabajo. Nada mas el “tute” que se han pegado en 3 días para pasar el archivo, para el zulo, con a lo mejor más de 50.000 historiales clínicos de pacientes, que por motivos de salud tiene que desplazarse al hospital para ser atendidos por los especialistas que en él trabajan, y todo porque a una mente “prodigiosa” se le ocurrió cambiar un archivo que llevaba mas de 10 años en funcionamiento y que el trabajo salía día a día, por estas personas que en él trabajan, por ponerlo en el subsuelo y en condiciones pésimas.

Yo me pregunto, en verdad compensa tanto ajeteo, y tanto cambio para que al fin y al cabo, se vaya personal, se ponga el archivo en un sitio mas amplio pero sin condiciones buenas para los trabajadores, y posiblemente los que quedan trabajando, no duraran por el estado de salud, tanto físico y mental en el que se encuentran. Son cosas que hay que ponerse a pensar y ante de hacer cualquier cambio de estas características mirar los pros y los contras de dicho cambio, y por supuesto aunque solo sean empleados, pedir opinión o alguna opción viable, porque, en este caso son los trabajadores los que salen perjudicados.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

CAFÉ CON LECHE

Fermina Peruchena

Durante las vacaciones nunca interrumpía su rutina, y antes de tomarse el café con leche en la terraza con el mar de fondo, ponía el lavavajillas y tiraba la basura. En el trayecto entre el apartamento alquilado y los contenedores, solo se topaba con el calor y el silencio de las calles de un pueblo atrapado en la siesta. Pero aquel día fue diferente, porque cuando se aproximaba a su destino, observó que alguien, a quien no distinguía porque le cegaba el sol de las cuatro, cubría su mismo trayecto con buzo y carretilla. Aceleró el paso para adelantar al supuesto albañil pero en lugar de eso ambos frenaron en seco : el primero sorprendido y el segundo por haber sido descubierto.

- ¿Pero qué haces?, recriminó el veraneante a quien reconoció como el vecino que le regalaba tomates de manera desinteresada.
- No digas nada. Ya sé que está prohibido manipular uralita sin protección y que debía haber contratado a personal experto. ¡Pero sólo son un par de placas!, contestó para restar importancia a portar ese escombros procedente del tejado de la cabaña de su huerto.
- ¿Entonces eres consciente de que se fabricaron con amianto?, insistió.
- Sí, pronunció de manera rotunda, al mismo tiempo que abría la tapa de uno de los contenedores.
- ¡No me lo puedo creer y a pesar de que sabes que es un mineral cancerígeno, no has tomado ninguna precaución, ni traje adecuado, ni protección para la cara, ni guantes, y pretendes dejarlo en el contenedor de orgánico como un residuo más!, manifestó.
- Si olvidas este episodio, aquí no ha ocurrido nada, repetía a la vez que se dirigía a la carretilla para coger con sus manos desnudas los irregulares fragmentos que habían surgido tras romper las placas de asbesto.
- ¿No los tirarás ahí?, intentó disuadirlo.
- ¿Y por qué no?, se dirigió hacia él moviendo los hombros de arriba hacia abajo con gesto de desconcierto , a la vez que se apartaba de la carretilla sin darse cuenta.

En ese intercambio de preguntas y respuestas, los pies de ambos, aireados con chancletas los de uno y protegidos con botas los del otro, se desplazaron en busca de sombra para

prolongar la conversación. El veraneante, que seguía sujetando la bolsa de basura con la mano derecha y usaba la izquierda para gesticular cada una de sus palabras, inició un relato que, creyó, captó la atención del infractor.

"Hace unos años conocí a Pablo, jubilado, casado y con tres hijos, al que le detectaron un mesotelioma pleural un tipo de cáncer muy doloroso que ataca a la membrana que cubre los pulmones hasta que impide que uno respire por sí solo. Apenas cumplidos los 66, comenzó con una tos a la que no daba importancia, aunque sí su mujer que le rogaba un día sí y otro también que pidiera cita con el médico. Él se negaba hasta que cedió y las pruebas mostraron el peor diagnóstico. El oncólogo le preguntó si había estado expuesto al amianto. En un primer momento, el paciente y su esposa respondieron que no, pero tras meditar, Pablo recordó que cuando tenía 18 había trabajado varios años en unos astilleros, en los que se usaba el asbesto como aislante. El doctor les explicó que cuando este mineral se manipula desprende unas fibras que se inhalan y quedan incrustadas en la pleura aunque suelen tardar décadas en manifestarse los síntomas y sus diferentes patologías. Finalmente a los 14 meses Pablo murió víctima de este mineral y su familia inició una lucha judicial para que la Seguridad Social reconociera este fallecimiento como enfermedad profesional. Pero todavía no lo ha logrado", contó. Tras el relato, el silencio ocupó un espacio de unos segundos en aquel diálogo, y el ingenuo veraneante creyó que había servido para que reflexionara su vecino sobre su temeraria acción. Pero, se equivocó.

- No puedes comparar estar expuesto durante cinco, diez o veinte años al amianto sin protección a lo que yo he hecho, respondió convencido de sus palabras.
- No has comprendido nada, cabeceó.
- ¿Por qué?, preguntó rápidamente interrumpiendo el inicio de la argumentación de su interlocutor.
- Porque a pesar de que sabías que la uralita contenía amianto y que se activa un protocolo para su desmontaje, has preferido saltarte todas las normas ya que como dos placas no son para tanto, concluyó su reflexión con ironía.

Tras una larga pausa en la que el vecino hortelano agachó la cabeza, fijó su mirada en el suelo, cruzó los brazos, y soportó el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda mientras movía la derecha con un tic sin tregua, contestó...

- De acuerdo, llevaré la carretilla a la cabaña. ¿Pero a qué empresa llamo para que gestione de manera correcta la retirada de uralita?, se interesó.
- El Instituto de Salud Pública Laboral podrá guiarte cómo actuar con la uralita y con la ropa expuesta al amianto. Y recuerda no manipules ni dejes que manipulen otras personas ese material, contestó a la vez que tiraba la bolsa de basura al contenedor.

Cuando el reloj marcaba las cuatro y media, ambos se despidieron; y aquella tarde el médico de familia saboreó el café con leche con el gusto amargo de la falta de prevención premeditada.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

ACCIÓN EN LA TORRE

José Carlos Rabanal Marcos

Una mañana del mes de marzo recibí una llamada telefónica donde se me comunicaba que había sido contratado por una empresa de servicios. El puesto de trabajo era en una cementera que tenía el servicio de limpieza subcontratado con mi empresa. El sueldo era de ochocientos euros, con las pagas extras prorrateadas, y me tenía que desplazar ciento cincuenta kilómetros desde mi localidad de residencia.

Me presenté allí el lunes por la mañana. Éramos un equipo de cuatro personas con un chico que hacía las veces de encargado. Me explicó que por las mañanas teníamos que subir a la torre del intercambiador de calor, la parte inicial del horno por donde se introduce el combustible y la materia prima. Por la tarde, después de comer realizábamos tareas de limpieza en la nave almacén, devolviendo las piedras que caen a la cinta transportadora que alimenta el horno.

Me entregó un casco, botas de goma, un guante térmico, una pantalla de cristal, o sucedáneo, para proteger los ojos y una funda; todo ello en teoría de material ignífugo. Había que vigilar constantemente la presión dentro de la torre del intercambiador. La piedra a esas temperaturas se convierte en polvo de carbonato cálcico que se adhiere a las paredes formando una capa que se va acumulando hasta apagar el horno. Nuestro objetivo era eliminar esa costra abriendo unas compuertas para golpear las paredes con unas largas y pesadas barras de hierro; o lanzando chorros de aire comprimido; o agua a presión. El agua y el aire arrastran cualquier impureza o material adherido, pero ofrecen un gran aporte de oxígeno a las enormes y anaranjadas llamas de las que apenas nos separaban unos centímetros. Algunas veces se formaban nubes de gas que nos hacían toser, o incluso las llamas llegaban a salir por las aberturas en busca de algún operario despistado. Recuerdo, en una ocasión, que una brasa me alcanzó por la espalda sin darme cuenta. Mi compañero se fijó y me la sacudió antes de que me llegara a quemar. Trabajé el resto del día oliendo a quemado y cuando me quité la funda, al terminar el día, el pequeño agujero donde se había posado la brasa, se había convertido en un enorme boquete con bordes irregulares.

Algunas veces, me detenía a descansar mientras limpiaba la pantalla protectora de un siniestro polvo negro que dificultaba la visión. Yo me imaginaba esas partículas invadiendo los lugares más recónditos de mis pulmones y acumulándose allí donde nada ni nadie podía alcanzarlas.

En otra ocasión, la mujer responsable de nuestras contrataciones vino a vernos al lugar de trabajo con la finalidad de formalizar ciertos asuntos administrativos. Apareció por la

puerta del ascensor provista de: una funda de color blanco que le cubría hasta la cabeza, botas, guantes, casco y mascarilla antigases. Por un momento pensé que había venido a vernos un astronauta. ¿Era necesario tal equipamiento para permanecer unos minutos allí? y si ese equipo era necesario: ¿por qué nosotros teníamos que permanecer allí horas y horas con una dotación mucho más simple?

Otro día, estábamos tranquilamente trabajando cuando el encargado gritó diciendo que tirásemos las herramientas y saliésemos corriendo hacia el exterior. Supimos que era mejor no preguntar y, en menos de un minuto, salimos hacia unas escaleras metálicas que subían a una pequeña terraza a distinto nivel. Apenas llegamos, una impresionante y espesa nube amarilla comenzó a salir como una cascada bajo nuestros pies. En silencio, sin ruido. Mientras, hasta nosotros, llegaba un intenso olor a azufre, un hálito mortal procedente de aquella enorme nube que parecía proceder del mismísimo infierno y nosotros allí, apretados unos contra otros, intentando alejarnos de aquella niebla que intentaba alcanzarnos. El encargado nos explicó que el horno se había detenido, quizá por causa de un fallo eléctrico y que se dio cuenta por casualidad, porque estaba mirando hacia allí en ese momento. Añadió que al interrumpirse el ciclo, los gases buscarían la salida más próxima, o sea, el lugar donde estábamos nosotros; y que si en vez de huir hacia el exterior lo hubiésemos hecho hacia los ascensores, habríamos muerto asfixiados, porque la nube, al ser más pesada que el aire, caería hacia abajo ocupando todo hueco que encontrara.

Tras unos largos minutos el funcionamiento del horno se normalizó, la nube quedó disipada y el ingeniero llegó para asegurarse de que no habíamos muerto. Continuamos nuestro trabajo a duras penas, porque las piernas no nos sostenían a causa del susto.

Al finalizar la jornada volví a la habitación de mi pensión, desanimado, frustrado e impotente ante la situación, así que hice las maletas y regresé a casa. Cuando mi madre me vio aparecer por la puerta me dijo:

- ¡Pero hijo! Pues sí que duras tú poco en los trabajos. Y eso que no parabas de quejarte porque estabas en el paro...

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

LA PICADORA

Javier del Águila Quirós

Como ya le he dicho, esto pasó hace ya bastante tiempo, por eso no recuerdo bien algunos detalles. Sí que me acuerdo que era verano, porque hacía calor y estábamos sin camiseta casi siempre. Lo hicimos la mayoría de los días a última hora de la tarde, cuando ya todo el mundo se había marchado. Después de acabar el trabajo teníamos que barrer la nave y echar todo en un saco, creo que aquello era lo peor. Día tras día los dejábamos amontonados en la parte de atrás de la nave.

El jefe nos lo pagaba como horas extras y siempre en mano. Nosotros sospechábamos que aquello no era demasiado legal. Bueno a decir verdad éramos bastante conscientes de ello.

Nadie le paga a nadie por hacer algo a deshoras y, sobre todo, por hacer desaparecer algo. Aunque siempre creímos que era algún rollo medioambiental. Pero el dinero entonces me hacía bastante falta. Yo había recién empezado a ganarme las habichuelas cuando lo del pinchazo de la burbuja, ya sabe la construcción se fue al garete y a decir verdad no había aprendido todavía a hacer otra cosa en la vida. También me hace falta ahora, más que antes, ya sabe... ¿Cuándo no hace falta el dinero? Lo que sí que tengo muy claro a día de hoy es que me estafó por mucho el jefe. Lo que me pagó no vale una vida. Mucho menos una muerte como la que me ha pintado el de la bata blanca.

Cómo le he dicho el dinero me hacía bastante falta. Tenía una hipoteca, un coche con una letra más grande que el depósito y eso que aquel cacharro chupaba que era un gusto...para el gasolinero, ya sabe. Por lo demás no puedo decir que el jefe se portase mal con nosotros. Eso sí, cuando acabó el tajo, coincidiendo con las primeras lluvias, nos despidieron como a la mayoría y no lo creerá usted, pero no nos volvieron a llamar nunca y eso que Mohamed, el que hacía aquellos trabajos conmigo, lo llamó varias veces cuando se enteraba de algún tajo de los que el jefe solía hacer. Mohamed tenía un chiquillo chico y estaba desesperado el hombre. Algún tiempo después me enteré de que la empresa había cerrado. Por mi parte yo empecé con el taxi de mi suegro y no he vuelto más a la obra. Fíjese, no llegué a los dos años en aquel mundo y aparte de lo que me trae aquí, conseguí una hermosa casa, para el banco, igual que el coche. El jefe sin embargo ya sabe usted donde vive y cómo. No se puede decir que le haya mal al gachón.

Había una retro que se guardaba dentro de la nave. Mohamed y el menda teníamos que colocarle cada tarde un cazo especial, de esos que sirven para triturar material. Después vaciábamos los sacos de escombro en la cazoleta y le dábamos a la máquina, que lo dejaba todo perdido. Como sólo cabía uno en la cabina, el otro se tenía que salir de la

nave. Había un momento en que la polvareda llenaba toda la estancia y te picaba mucho el cuerpo y los ojos si te quedabas allí dentro. El jefe no era muy de dar los equipos de protección. Las botas y el casco sí, por las inspecciones, pero pare usted de contar. Si me lo pregunta usted, no había mascarillas. Hubo varios días que nos atamos las camisetas a la cara. Debíamos de tener una pinta... De ése modo no teníamos que esperar tanto a que se depositase la polvareda y podíamos empezar a barrer y a llenar los sacos. Así nos podíamos ir antes a casa. La orden era que por la mañana aquello tenía que estar limpio.

Un día, hacia el final del verano, el jefe nos llamó aparte y nos dijo que esa tarde tendríamos que cargar en el camión todos los sacos que habíamos ido llenando cada tarde para llevarlos al sitio que le conté, agente. Nos dijo que debíamos vaciarlos allí todos, cuando ya fuese de noche, pero que no hacía falta que trajésemos los sacos vacíos de vuelta. Como no se veía nada, Mohamed y yo decidimos dejar los sacos por allí sin vaciar su contenido ni nada. Total que más daba. Lo que ocurre es que ninguno estaba cerrado y seguramente el material se ha ido esparciendo con el tiempo. En esa loma suele azotar siempre el viento. Recuerde usted la cantera que había en la parte más baja y que estuvo hasta unos años después, cuando se cerró, porque a veces las polvaredas que se levantaban allí llegaban hasta la ciudad y había quejas. Pues parte de ese polvo era de nuestros sacos, de eso puede estar seguro.

Señor agente, me pregunta usted qué era lo que picábamos y ya le he dicho que hace mucho tiempo, pero seguro que había tuberías de fibrocemento, cañerías, bajantes y sí, también había muchas cubiertas, de lo mismo que cubre las naves de todos los polígonos del país. Le puedo prometer que no sabía que eso era tan peligroso. No lo he sabido hasta hace poco que la mujer de Mohamed subió a mi taxi. Venía del hospital de ver a su marido que estaba en las últimas. La semana pasada lo enterramos. Su mujer fue la que me dijo que el cáncer se llama asbestosis, que Mohamed le dijo antes de morir que él siempre pensó que tenía que ver con el trabajo que hicimos aquel verano. Que puede que la tos que tengo no sea sólo del tabaco como yo pensaba y a lo peor también me lleva a mí a la tumba. Estoy pendiente de los resultados del radiólogo. Ya le contaré señor agente.

En Granada a 3 de marzo de 2017.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

ESO DE LA PREVENCIÓN...

Alejandro Romero Mirón

(Transcripción casi literal de una charla mantenida por dos técnicos de prevención (de los denominados históricos) que no se veían desde hace algo más de 20 años)

- Oye...: ¿Te has percatado del repunte de absentismo que sufrimos estos últimos años? La siniestralidad está subiendo en muchas empresas desde el último trimestre del 2013 y continuamos con esa tendencia. -Sí. Está claro que volvemos a las andadas... Esto no tiene arreglo. Parece que estemos condenados a que la siniestralidad laboral de este país esté por siempre ligada a la mayor o menor actividad económica.
- No seas pesimista...
- A los números me remito. Hombre, en todo caso la parte "positiva", si es que hay alguna, es que "los de la Prevención" pronto volveremos a estar de moda.
- Eso sí..., llevábamos bastante tiempo en un segundo plano.
- ¿Segundo plano dices? Querrás decir en último plano.
- Bueno, ya sabes que "eso de la prevención" nunca ha interesado demasiado a nadie.
- Ya. Tienes razón..., somos los que siempre prevemos lo malo que va a ocurrir. Y además lo decimos.
- Creía que desde la aparición de Ley de Prevención las cosas se habrían vuelto más serias.
- No sé, no sé..., desde la aparición de la Ley en el año 1995... ¡Ostras! ¡Hace ya veintidós años... !
- Pues sí, veintidós años desde su publicación y la creación del sistema.
- Sí..., el nuevo escenario trajo muchos nuevos actores y en estos veintidós años se ha avanzado mucho; hemos mejorado notablemente y nuestra cultura de prevención se ha visto muy reforzada. ¿No crees?
- A veces me cuesta recordar qué tipo de prevención se hacía en este país antes de la Ley.

- ¿Recuerdas aquel cartel de prevención que decía "Así me gustas Baldomero, protegido y todo entero"?
- Ja ja ja... Sí. Y tuvo mucho éxito. Un cartel bastante machista. Acorde con la época.
- Después nos bombardearon con la campaña del "Trabaja, pero seguro".
- Nos ayudó a que los trabajadores se concienciaran de la necesidad de mejorar sus condiciones de trabajo.
- ¿Te acuerdas cuando visitamos aquella empresa que no tenía accidentes? Y no tenían responsable de Prevención. ¡Menuda sorpresa nos llevamos entonces!
- Sí. En aquél momento descubrimos por primera vez la práctica de lo que ahora podríamos denominar como "prevención integrada". Únicamente disponían de lo que ellos llamaban "coordinador de prevención".
- ¡Pero es que ese coordinador también desarrollaba otras funciones! ¡No era su dedicación exclusiva!
- Lo recuerdo como un tipo que tenía muy clarito que la responsabilidad de la prevención era de todos.
- También es verdad que el que lo tenía muy claro, eran el Director General y también todos los mandos. Además, la formación en materia de prevención a los trabajadores la impartían los propios mandos.
- Ja ja ja ... Igual ahora un inspector de trabajo, te pondría pegas y te diría que la tiene que dar un técnico del servicio de prevención. y si puede ser externo, mejor.
- ¿Te acuerdas cuando visitamos aquella otra empresa que cada mañana les ofrecían realizar a todos los trabajadores quince minutos de gimnasia antes de iniciar la jornada laboral?
- Ya en aquella época había empresas saludables. Vamos... , que se preocupaban de promocionar la salud de los trabajadores.
- ¿Te acuerdas cuando en aquella empresa te preguntaron a cuál de sus técnicos designarías como responsable de seguridad e higiene?
- Sí. Aunque fue un poco deprimente, todavía hoy cuando lo explico nos reímos de ello. El Director de la Factoría no sabía a quién designar como nuevo Jefe de Seguridad e Higiene, debido a la jubilación del anterior y, dado que por mi trabajo yo me movía por toda la factoría y los conocía a todos, me preguntó que a quién designaría para ese puesto de entre los técnicos de la empresa. Conforme le iba proponiendo nombres de

sus técnicos, me iba respondiendo con evasivas, "ya, ¡pero es que ese es bueno...", "ya, ¡pero a ese tenía pensado incorporarlo próximamente en la línea de producción...", y así con todos hasta que dimos con el "técnico perfecto". Un "técnico-de-la-casa-de-toda-la-vida" y próximo a su jubilación. Estaba claro que "eso de la prevención" no era lo que más importaba en la empresa.

- Después como consecuencia de la Ley nos pusimos en el "candelabro", como decía aquella...
- Sí es verdad. Recuerdo que antes de la Ley, cuando mis amigos me preguntaban a qué me dedicaba y les contestaba que era técnico de prevención, a continuación, ante sus caras de desconocimiento (¿"y-eso-que-es-lo-que-es"?), les tenía que explicar lo que era "eso de la prevención".
- Ja ja ja, Una vez que apareció la Ley de Prevención, nos hicimos muy famosos y ya no te preguntaban nada más, sino que decían "es un tema muy interesante", "pero sois un poco pesados...", añadían.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

NO SOLO LA SILLA

Ángel Luna

Manuel aún se sentía que le habían liado. Hacía tiempo que estaba afiliado al sindicato y se consideraba en la obligación de participar, sus orígenes de barrio obrero e hijo de ferroviario representaban un valor de clase que tenía muy arraigado, los amigos, las luchas estudiantiles, las broncas con los fachas y el instituto, ¡qué grande el instituto!, moldearon el resto de su conciencia social. Pero ahora era otra historia estaba currando en una empresa de telemarketing, un inmenso *centro de llamadas* con 80 compañeras y compañeros. Y le habían elegido como representante sindical.

La has cagado, pero bien... le dijo el jefe de personal cuando vio que encabezaba la lista de candidatos de una organización sindical. *Osea que te damos confianza y así nos lo agradeces...* Replicó con aires de decepción.

Mi intención no es fastidiar a nadie y estoy convencido que con una representación sindical vamos a solucionar muchos problemas... planteó tranquilamente Manuel.

Y pedirme que cambie las sillas de los operadores y que se haga una evaluación de riesgos te parece no querer fastidiar, ¿sabes lo que cuestan?, ¿no te das cuenta que con estas historias lo único que vas a conseguir es cerrar la empresa?... Le dijo el jefe en tono entre intimidatorio y despectivo.

No... observó Manuel, *sólo aspiro a que los compañeros no acaben lesionados en la espalda, que evidentemente pasa. No ves que lo normal es que haya algún compañero de baja de laboral por esta causa...* soltó Manuel. *Que por cierto tardáis poco en despedirles.*

Eso lo dices tú... lo que pasa es que la gente se cansa pronto de trabajar y como es muy fácil que te den una baja médica pues arreglado...y encima cobrando...a mí me vas a enseñar tú lo que pasa en mi empresa... saltó el de personal con cierta soberbia.

Vale, ni para ti ni para mí, que venga el del Servicio de Prevención y que lo evalúe. Por cierto, la evaluación de riesgos es una obligación legal y no sé si está hecha... como nadie la ha visto... dijo el delegado.

Me estás amenazando... por una puta silla... dijo el jefe.

No... le cortó Manuel... *no estamos hablando solo de la silla. Hay que evaluar los puestos de trabajo. Todo, los auriculares que utilizamos, los nichos que están tan juntos que se mezclan las voces, las luces... ah! y muy importante... la organización del trabajo. Necesitamos una*

evaluación de riesgos psicosociales porque estamos saturados de órdenes y tareas... y hay tener en cuenta que somos de atención al público y lo que eso representa de perder la paciencia y de stress.

El jefe de personal se mostró sorprendido por el conocimiento del delegado y le encendió una alarma interior que le decía que se había equivocado al confiar en este trabajador, pero... hace bien sus tareas y es serio... pensó. *Me la estás dando parda chaval... me informo y te digo algo...contestó.*

Manuel salió de la oficina resoplando, como aliviado. Bueno, no ha ido mal el mensaje al carcamal... iba reflexionando, saco del bolsillo una libreta y se paró en seco... *se me olvidó lo de las embarazadas... Perdón D. Jaime, que así se llama el de personal... Es que se me ha olvidado comentarle lo de las embarazadas... ¿Qué pasa con las embarazadas?... contestó el jefe elevando la voz.*

Ya sabe usted, explicó Manuel, que la mayoría de nuestros operadores son mujeres jóvenes... que afortunadamente se quedan embarazadas...

¡Afortunadamente! por qué... masculló el de personal.

Para que nos puedan pagar nuestra pensión... D. Jaime. Que con los sueldos que tenemos no nos llega a fin de mes... como para planes de pensiones... susurro con una leve sonrisa y continuo... las compañeras necesitan que adaptemos sus puestos, que puedan levantarse de vez en cuando para no cargar las piernas, que no las miren mal si se levantan frecuentemente al baño, que las cubramos cuando tienen que salir al médico... en fin, hacer las cosas correctamente.

Basta, ya está bien por hoy contesto con energía el de personal. Mañana hago venir al del Servicio de Prevención y hablamos todo esto... indicándole con el dedo la dirección de la puerta.

Según volvió a su puesto de trabajo reflexionaba la conversación y como sentía que le había dado un revolcón al jefe... *éste se cree que nos chupamos el dedo. Mañana le voy a pegar un repaso sobre las funciones y competencias del delegado de prevención...para que le vaya sonando.* Recordó que tenía que llamar a la asesora de salud laboral de Comisiones Obreras para contarla como había ido la conversación que previamente había preparado con ella ... *"la prevención de riesgos es acción directa para defender lo más importante de tus compañeros... su salud"*... recordó que le dijo la asesora.

Se sentó en su asiento, saco de la hibernación al ordenador y vio como la luz roja le indicaba que tenía una llamada en espera. Cogió un post-it y apunto. *Preparar comunicado para informar a los compañeros...* lo pegó junto a la pantalla... y suspiró. Se colocó el auricular y pulsó el botón *"Buenas tardes me llamo Manuel, en que puedo ayudarle"*.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

RIESGO OCULTO Joaquín Ortega Herrera

Estoy sentada en el banco de cambio de turno. Cuando terminamos la última llamada de cada turno, levantamos la mano, entonces la supervisora hace una anotación en el ordenador e indica el número de puesto que queda libre, hay que llegar a él rápidamente.

Mi compañera ya se ha ido, tomo asiento, introduzco mi tarjeta de control en el teclado y me pongo los cascos, ya estoy en mi submundo, lo primero que veo en la pantalla son los relojes de control, control de tiempo real de trabajo, de llamadas diarias, semanales, tiempo de llamada actual y llamadas en espera, ya estoy conversando con mi primer cliente, en las tres horas que hablo a través del micrófono y escucho por los cascos, intento solucionar problemas, ser amable y rápida, la valoración que hacen al término de la llamada cuenta, claro que cuenta, si durante un mes las valoraciones medias están por debajo de cinco, date por despedida.

Tengo cinco llamadas en espera, son muchas, el turno de las nueve de la mañana suele empezar bien y acabar mal, hay que dejar el marcador igual o inferior, si no, la sanción económica es segura, para lograrlo hay que tener una gran concentración y ser muy rápida tecleando.

A las doce estoy con seis llamadas pendientes, ¡tengo que cortar ya!, ¡joder que tío mas pesado! está muy cabreado, me insulta, doy al botón de MUTE, respiro hondo, cuento diez segundos y vuelvo a hablar con el ¡Al fin, se acabó mi primer turno! Me quito los cascos y oigo la marabunta de conversaciones de mis compañeras, hay vida a mi alrededor, ¿cuántas operadoras seremos?, en hora punta seguro que mas de doscientas.

Tengo dos horas para, como todos los días desde hace ya dos años, ir al súper y comprarme la comida, una barra de pan, una lata de algo, nunca mas de 1,5 €, agua una botella rellena de casa, y a comer en el secarral cercano a la nave que llaman parque, no hay nadie solo yo, allí sentada en un bordillo me doy cuenta de lo insignificante que soy, de la soledad, de la tristeza, de la pobreza, del cansancio y del miedo, miedo a llegar un minuto tarde, a dejar el contador con llamadas en espera, a que me escuchen una conversación y consideren que no he sido lo suficientemente convincente, a tener valoraciones bajas, al despido, al hambre, a la locura, me levanto y vuelvo al banco de cambio de turno.

El segundo turno ha sido fácil, según el ordenador en tres horas he atendido a cuarenta y ocho personas y he dejado solo a dos en espera, levanto la mano y salgo rápidamente.

Una nueva hora de descanso, voy a los servicios, ¡dios me estoy meando!, hay otras tres trabajadoras, no las conozco, nadie conoce a nadie, nadie habla, nadie piensa, las cuerdas vocales y el cerebro tienen que descansar.

Salgo a estirar las piernas, no hay nadie, la nuestra es la única nave con luz de un polígono industrial que prometía. Me dan ganas de gritar, pero no puedo, lloro amargamente, antes de que el pánico se apodere de mí, vuelvo al banco a esperar mi último turno.

De siete a diez somos menos, solo quedamos las que tenemos contrato a jornada completa, hay menos llamadas, menos presión, en este turno tenemos que dejar el contador a cero, nunca se acaba antes de las diez y cuarto.

Vuelta a casa, hay que correr un par de kilómetros para pillar el autobús de las diez y media, a esa hora solo vamos teleoperadoras, el silencio es sepulcral, el cuerpo está dolorido sobre todo las muñecas, no tenemos ni ganas ni fuerzas para hablar, a lo largo del día ya hemos hablado mucho, llegamos a Madrid, siete estaciones de metro, después de dos horas llego a casa, así seis días a la semana, mi día libre, que casi nunca es festivo, lo necesito para descansar.

Cuando entro todo está en silencio, mi padres, con los que vivo, están acostados, desde hace dos años no tienen trabajo, todo el dinero que entra en casa es mi sueldo 755,5 euros al mes, más una tarjeta de transporte.

Ceno una sopa, dos manzanas y un vaso de leche, rápidamente me voy a acostar, dentro de ocho horas tengo que volver al banco de cambio de turno.

En la pantalla sale un aviso urgente, ¡HAY VISITA DE INSPECCIÓN! ¡IMPORTANTE!. El horario de la jornada completa es de cuarenta horas semanales! según figura en el cuadrante, falso e incomprensible, expuesto en el tablón de anuncios. Pasan despacio, nos miran, a alguna la preguntan, si está hablando no contesta, si no finge que está hablando, nos hacen fotos, comentan, observan como trabajamos, ¡que sabrán ellos como trabajan nuestras cabezas!.

Días después nos cambian todas las sillas, al parecer los inspectores los han obligado, tienen mas ruedas, no son mas cómodas que las antiguas, nos ponen unas alfombrillas para el ratón con reposa muñecas, nos vienen bien.

Cada día el trabajo es mas duro, ha habido bajas, siempre hay bajas, en el segundo descanso, en la calle, me encuentro a tres compañeras charlando, están tristes, las pregunto, compungidas con lágrimas en los ojos, me dicen: Loli, la rubia alta, la que casi nunca te dejaba llamadas en espera, se ha matado, dicen que llegó a su casa, abrió la ventana y se tiró desde un sexto piso. Otra más...

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

DESDE EL OTRO LADO

Gloria Llanes Fernández de la Cueva

Son las 6:00 de la mañana. Vuelve a sonar el despertador de Antonio, como cada día. Su mujer le abraza y le susurra el "ten cuidado" de siempre, besa a sus hijos a modo de despedida por si las inclemencias de la mina no le dejan volver, prepara el atuendo de su alma para adentrarse un día más en su aventura y, sonriente, sale de casa para saborear un delicioso café con los compañeros antes de empezar. El aroma penetra en Antonio anunciando emociones dormidas pero se olvida del ayuno requerido para su reconocimiento médico. Manuel rompe la magia del momento justo cuando Antonio iba a degustar su café.

El día del examen de salud no es agradable para ninguno de los trabajadores de la mina. Entre ellos se compadecen cuando a alguno le llega la señalada fecha.

El viaje hasta la ciudad, el ayunar para la extracción de sangre, las interminables esperas, el traslado a otro centro para hacerse la radiografía de tórax.... Tanta molestia por un simple papel, un papel que impide trabajar si aparece la fecha cumplida, un papel por el que la empresa desembolsa una buena cantidad al Servicio de Prevención, un papel que a los ojos de Antonio y de Manuel y de todos los demás compañeros, es de poca utilidad.

A pesar del olvido Antonio llega puntual a su cita. La sala de espera se presenta repleta de inquietud, de comentarios malhumorados y de quejas por el retraso en la consulta, que no hacen más que envolver a Antonio de resignación. La sonrisa que le acompañó a la puerta de casa esa mañana queda convertida en ira. Mirando a la nada y soportando la pérdida de tiempo, llega su hora. Antonio entra en la consulta.

Son las 6:00 de la mañana. Vuelve a sonar el despertador de Eva como cada día. Mientras saborea su café en el silencio del hogar, piensa en cómo batallar su lucha con la rutina.

Desde pequeña soñaba con ser enfermera. Se imaginaba corriendo por los pasillos de un hospital cuidando enfermos, curando las heridas de aquellos que llegaban a su consulta, escuchando la sirena de la ambulancia mientras acudía a algún aviso pero la vida le deparaba algo muy diferente. Eva pasa sus mañanas encerrada en una consulta haciendo reconocimientos médicos. Uno, dos, tres, cuatro, y hasta tres mil en un solo año. Extracción de sangre, control de la visión, espirometría y audiometría. Una y otra vez, una y otra vez.

Eva vive sumergida en una inmensa rutina. Le sobran ganas y empeño pero le faltan fuerzas para afrontar cada mañana con ilusión su tarea. Intenta levantarse risueña y busca

en su trabajo un aliciente para su propia vida. Su deseo de cuidar y prevenir invade cada minuto de su eterna jornada pero necesita algo más.

La amabilidad de Eva acompaña a Antonio hasta la silla. Las delicadas palabras de ella calman la ira de él, consiguiendo forjar un ambiente agradable y distendido. Las preguntas de Eva sobre la minería distraen a Antonio de un pinchazo casi inapreciable, las suaves instrucciones de las pruebas las hacen mucho más factibles y los consejos de Eva se toman imprescindibles.

- Antonio, vas a sentirte mucho mejor si pierdes un poco de peso. Debes hacer algo de ejercicio e incluir más fruta y verdura en tu dieta para conseguir una alimentación más equilibrada. Si lo consigues, puedes llegar a la prevención de patologías como la diabetes, las enfermedades cardiovasculares, la hipertensión, etc.

En ese momento Antonio agacha la cabeza a modo de reproche hacia sí mismo. Se da cuenta del valor de ese reconocimiento médico. La actitud defensiva de antes se cambia por actitud preventiva en él ahora. Piensa en cuidarse, piensa en estar más sano para poder trabajar mejor, piensa en ganar agilidad, piensa en prevenir enfermedades, piensa en la oportunidad que le ofrece su empresa cada año de vigilar su salud, piensa en lo poco que ha sabido hasta ahora del reconocimiento médico.

Desde el otro lado, en ese momento Eva siente la empatía que le ofrece Antonio, siente las ganas de poder seguir ayudándolo, siente la fuerza para seguir haciéndolo, siente un sin fin de conocimientos por transmitir y se siente más enfermera que nunca.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

QUIERO SER MARINERO

José Casado Martínez

La mar siempre estuvo envuelta en mitos y leyendas. Historias que a lo largo del tiempo han contribuido a favorecer la fascinación por ella y que ha imprimido a los más intrépidos el deseo de navegar y descubrir sus confines. La mar es silencio que temporales y tormentas perturban, es paz donde irrumpen olas de mar de leva, es libertad, es soledad, nostalgia y melancolía que el tiempo no cura. La mar, inescrutable como la vida, misteriosa y romántica, es dueña del destino del marino y de su existencia, y que influye en nosotros del mismo modo que la luna lo hace sobre las mareas.

Al mar llevo dedicado más de media vida. Recuerdo como justo al cumplir 16 años me acompañó mi padre a que me dieran mi primera libreta marítima. Una fotografía, anotaciones en un libro, una firma y mis huellas dactilares. Con tan sólo esto ya estaba preparado para embarcarme en el "MI MARIA MANUELA", el bote que, nombrado en recuerdo a mi abuela, mi padre y mis tíos poseían. Era un falucho de madera, con una gran proa, blanco y rojo, marineramente, y con un pequeño motor muy ruidoso, casi al descubierto, y que emanaba fuertes olores a gasoil. En él pasé mis primeros años como marineramente y fue donde me forjé como un hombre de la mar porque raro era el día que no achicábamos tal cantidad de agua que producía pronunciadas escoras, maldiciéndonos los unos a los otros, o capeábamos con una soja veja temporales de levante.

Pasé por otros muchos barcos, donde pude estudiar y aumentar el nombramiento, y cuando pude no desaproveché la oportunidad de embarcarme en los barcos que faenaban en África. Fue una buena época en la que las empresas eran fuertes, poseían una gran flota, se pescaba mucho y eso generaba grandes ingresos. Pero a pesar de todo la vida a bordo no era tan cómoda. El trabajo era incesante, se descansaba con un ojo abierto, y los meses de campaña se hacían interminables. Más aún cuando apenas había contacto con la familia. La nueva familia que se creaba a bordo desgraciadamente no siempre era la mejor. Por aquel entonces las políticas de las compañías en cuanto personal y hábitos a bordo eran casi inexistentes y se originaban muchas peleas y hasta muertes que incluso fueron encubiertas. Afortunadamente, yo tuve siempre muy buenos compañeros. Nunca la nacionalidad o el aspecto cultural de cada uno fueron un problema. En los barcos donde estuve siempre hubo tolerancia, buena comunicación y entendimiento. En todos los aspectos, también durante las maniobras de pesca. Si no la hubiera habido, el pobre de Antonio no podría haber contado que a sus 56 años, al poco de jubilarse, un cable de acero en tensión durante una maniobra se partió y a punto estuvo de perder labios, ojo y oreja derechos.

En la mar, la unión a bordo también se incrementa tras haber vivido malas experiencias como el hundimiento que sufrimos frente a Cabo Blanco, el incendio que pudimos sofocar

aquel verano cuando navegábamos hacia Pointe-Noire, el rescate de los tripulantes de ese viejo y abandonado barco de acero que carecía de aire acondicionado y alimentos, o la pérdida de Youssouf y José Miguel cuando cayeron por la borda una noche de temporal. En estas situaciones el tiempo apremia y a pesar de la formación, el entrenamiento, el mantenimiento de los equipos de seguridad o la destreza en su uso, la confianza que depositamos en nosotros y entre nosotros puede ser la herramienta más eficaz. Tales circunstancias no solo sirvieron para hacernos fuertes sino para concienciar a lo que estamos expuestos y apreciar que lo más importante es regresar a casa.

La mar es sacrificada pero no hay vida de esclavo más bella y llena de valores porque es en la mar donde verdaderamente apreciamos todo lo que nos rodea. Por eso, pequeño, cuando me dices que no quieres dormir más y te levantas de la cama de madrugada para verme marchar y me dices que quieres venirte al mar, que quieres ser marinero, te respondo que aún no, que dentro de poco tendrás tu propio barco que yo mismo construiré y en el que, surcando juntos nuestro futuro, te mostraré los tesoros que habitan en este preciado mar que es la vida.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

SOLEDAD

Mariano Gallo Fernández

Como llevaba ocurriendo desde primeros de mes, la sierra se había vuelto a aneblar. Quico desconfiaba de esas mañanas tristonas donde apenas alcanzaba a vislumbrar unos palmos delante de sus abarcas. Prefería los días claros y luminosos en los que, ascendiendo por los escarpados senderos de un terreno ríscoso, desde algunos recodos podía admirar la fiereza del río luchando contra la angostura en el fondo del cañón. Desde que dejó el jergón presentía que no iba a ser un buen día, sensación que no mejoró con el frío calándole los huesos entre la niebla, pese a llevar una buena zamarra, y por el paso inseguro con unas suelas tan desgastadas. Se preguntaba por qué había calzado las viejas y esperaba no tener que correr tras la manada, pues esa semana le tocaba pastorear los bueyes y vacas del pueblo, que no estaban estabulados al no ser temporada de labor. Él y su hijo Paco habían comentado repetidamente en la aldea que el novillo pardinegro estaba demasiado desafiante, para disgusto del viejo toro que había amagado con varias embestidas, siendo aconsejable dejarlo en la cuadra. Arriba, en el páramo, retiró las talanqueras del cercado y las reses salieron mansamente, pastando con parsimonia en los claros de hierba entre los brezales o ramoneando hojas de algún árbol solitario. Repentinamente el torillo se acercó exageradamente a unas vaquillas y el veterano semental se lanzó a la carrera contra él, con el consiguiente nerviosismo de los demás astados. Paco corrió gritando con el cachava en alto para apartar a los animales del cantil del despeñadero, pero resbaló más adelante rodando por la cárcava. Los perros mantuvieron el instinto de su función, el mastín se quedó cuidando el ganado, vigilando el filo del precipicio y controlando la cercanía de algún lobo que pudiese atacar a los temerosos o al herido, y la vieja perdiguera permaneció junto a su amo lamiendo sus heridas y espantando a los buitres. Ninguno bajó al poblado. Los familiares extrañaron su ausencia por la noche pero, al no haber luna, los vecinos subieron al despuntar el alba encontrando su cadáver. Nunca se supo si murió al caer o tras un largo tiempo a la intemperie. Salvo por los perros, Quico estuvo solo.

Años después Paco dejó su bella y estéril comarca y emigró a la ciudad, en la costa. Abandonó la angosta vega del río, el bosque de ribera, las manchas de hayas y los robledales de la umbría y las carrascas y grandes encinas orientadas al sur, los agrestes roquedos de las laderas y la envolvente soledad del páramo, su sólida casa de mampostería, su fértil huerta y las yermas terrazas de secano, los frutales, el macho y la pareja de bueyes, los rebaños y su libertad, pues aunque pobre nunca había tenido amo. Cambió su protectora casa por un minúsculo cuarto en una colmena saturada de gente de muy diverso origen, los olmos que bordeaban el camino principal del valle por farolas de luz mortecina en las aceras, el aire puro de las tierras altas por un ambiente saturado de humos azufrados, el silencio de la noche por un martilleo continuo y la claridad del cielo y el manto de estrellas por el resplandor de las coladas de arrabio. Su trabajo ya no engendraba cosas

tangibles en las que sus manos habían intervenido directamente como trigo y pan, queso, huevos, alubias, tomates, cerezas, corderos, barbos o miel, sino lingotes de acero que aparentemente no servían para nada, salvo que otros obreros los transformasen en un lugar distinto. Además tampoco producía directamente el metal, limitándose a mirar fosas, tubos, cables y válvulas. Y ya tenía patrón, un amo desconocido, sin nombre, según se decía un grupo de empresas de América. Consideraba que su trabajo era peligroso, por lo que había hablado con el encargado sugiriendo que no les dejaran solos o que cada cierto tiempo se hiciesen rondas por cada subestación y que se renovasen las juntas, pues había fugas. No hubo respuesta por lo que se lo expuso al jefe de zona que únicamente le recordó que reclamar se podía considerar subversivo. Se acordó de un compañero encarcelado el año anterior por comunista, cuando él siempre lo vio como una persona con ganas de ayudar. Había comentado en casa el riesgo de su labor, recalcando que en caso de accidente tenía posibilidad de supervivencia si era por gas, pero no por agua o alta tensión. Ni se ahogó ni se electrocutó, pero una noche no sobrevivió a un escape, adormecido y asfixiado, al no pasar nadie hasta el cambio de turno. Paco también estuvo solo.

Francisco logró estudiar gracias a la menguada pensión de viudedad y orfandad, las miles de horas de duro trabajo de su madre y la ayuda de un tío. Tras licenciarse consiguió empleo en su profesión con una carrera relativamente brillante, pero como remachaba su hermana solo servía para trabajar. Pasó décadas sin quejas en la empresa, incluso con felicitaciones y premios, hasta que nombraron Director de Departamento a un compañero con el que había tenido algún roce fruto de la envidia. Repentinamente dejaron de asignarle proyectos, pese a ser uno de los empleados mejor valorado por los clientes; le cambiaron de despacho, desplazándole a un ala vacía; y, en las escasas ocasiones en que estaba en público, le recriminaban de mala manera que no hacía nada o lo realizaba mal. Se empezó a culpar a sí mismo, minusvalorándose y convenciéndose de haber perdido facultades y ser ya un profesional inservible. Se deprimió de manera importante, pero no acudió al médico al darle vergüenza causar baja ya que solo lo había estado una vez por apendicitis. Empezó a llegar tarde al quedarse dormido y aumentaron los errores en el escaso trabajo asignado, desmoronándose emocionalmente. Una tarde aparcó en la autovía en medio del viaducto, bajó del coche y se acercó al borde sin saber su embotada mente lo que pretendía hacer. De repente, una mano le asió el brazo fuertemente. Era un antiguo compañero, un sindicalista que se había enfrentado al jefe y que fue despedido, ciertamente con nulo apoyo de los demás trabajadores. Cogieron la salida más próxima y en un bar fueron hablando lo que le ocurría. Continuaron conversando más días y le explicó que lo suyo era un caso claro de acoso moral y que se podían tomar medidas, por lo que fueron a su sindicato. Aceptó su ayuda por lo que ya está en tratamiento médico, habiendo mejorado su salud y especialmente su autoestima, y el sindicato al que se afilió está tramitando su proceso y el de otros compañeros en situación parecida que siguieron su ejemplo. Es consciente de que les queda un largo y enrevesado camino ante la propia empresa y en las intrincadas vías administrativas y judiciales. Está al tanto de que la lucha no va a ser fácil pero, al contrario que su abuelo y su padre, Francisco sabe que no está solo.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

¿DE QUÉ TE JUBILAS? Y ¿DE QUÉ NO TE JUBILAS?

Pyemsa por Ncarrasco

Barcelona, 19 de marzo 2017, fin de semana de acontecimientos y visita de mis padres para celebrar juntos, el día del Padre, San José por mi madre y sus 39 Aniversarios de boda.

Como siempre, trato de organizar el mejor plan para su estancia en la ciudad, casi un no parar, entre comidas, compras y caminatas y así, van surgiendo las conversaciones familiares, en algunas de las cuales observo en mi padre una actitud un tanto intolerante, motivo por el cual, trato de averiguar y profundizar más sobre ello. Así es, cómo ocurrió durante la cena del sábado en un restaurante y mientras nos servían una lubina a la sal para los tres, cuando se produce el siguiente desenlace al observar cómo cambia radicalmente la expresión de mi padre y a lo cual me atrevo a preguntarle:

Yo: ¿Qué te pasa?

Él: No me pasa nada.

Yo: ¿Sabes que existe un lenguaje no verbal, que también está hablando y expresando sin necesidad de que salga ninguna palabra por tu boca?

Él: Que no me pasa nada, continúa respondiendo.

Yo: Insisto, pero has cambiado tu cara cuando vino el camarero, ¿qué has querido decir con tus gestos?

Él: Nada, sólo que me parece que han servido poca cantidad de pescado en el plato.

Yo: Ah vale, entonces querías decir algo, ¿no?

Él: No, nada.

Yo: A ver, si acabas de decir que en la bandeja había mayor cantidad cuando lo han presentado y ahora servido en el plato te parece poco pescado, eso mismo es lo que ha traducido tu inconsciente y lo ha expresado mediante gesto sin necesidad de pronunciar palabra.

Él: Debéis de entender que tengo la sensación de estar más encerrado conmigo mismo porque no tengo vida social desde que me jubilé y ya no me relaciono como antes.

Escuchar estas palabras, me llegaron al alma, yo que creía que en estos dos años de su jubilación, lo estaba llevando genial, resulta que en ese momento me estaba revelando un dato muy importante de su “estado emocional” y que guardaba bastante relación con esa actitud tan irascible que había observado en el resto del fin de semana que compartimos.

Durante el transcurso de la conversación, tratamos de esclarecer algunos términos:

Yo: Y qué puedes hacer?

Él: Es que tantas horas al día solo, me ha endurecido y por eso siempre quiero tener la razón en toda comunicación, además, necesito disfrutar y compartir más tiempo contigo y con tu hermano, aunque entiendo que cada uno tiene su vida, pero ahora me arrepiento de las pocas horas que no pude dedicar más con mi padre por culpa de mi trabajo.

Yo: Pues tendrás que buscar algunas actividades en las que interactúes con otras personas que no sea sólo mi madre.

Él: No, que yo estoy bien, tengo muchas cosas que hacer.

Yo: En esas cosas que tienes que hacer, sigues estando solo sin relacionarte con nadie. Así que te pido que en esta semana hagas un listado de actividades de lunes a viernes e incluyas al menos una donde compartas tiempo con otras personas.

Este hecho, despertó una alarma dentro de mí, a la vez que cierta preocupación, tomando conciencia de que debía ocuparme y acompañar a mi padre en esta fase de su jubilación que no estaba aceptando, ¿quizás por no estar bien planificada?

Agradecida, con todo lo acontecido, pongo inmediatamente mi foco en documentarme, investigar y publicar sobre la necesidad de una jubilación positiva y saludable, para acompañar a las personas en su reincorporación a la sociedad una vez que finaliza su etapa laboralmente activa.

Casualidades de la vida, aun sabiendo que nada es por casualidad, el martes durante la clase de inglés con mi profesora nativa, me revela su temor o pánico ante su próxima jubilación en junio, hecho que le ha llevado a anular sus clases grupales por la ansiedad que le estaba generando. Hecho que hace confirmar mi decisión de lanzarme en este nuevo proyecto de investigación sobre la importancia de planificar una jubilación positiva y saludable.

Así que, a partir de este momento y en la misma tarde del martes, me pongo manos a la obra y elaboro un cuestionario que envío vía email a las personas de mi entorno para que puedan colaborarme y aportar información al proyecto que me he propuesto desarrollar, con el objetivo SMART de establecer medidas preventivas que permitan una jubilación sin consecuencias emocionales sobre la persona y ni su entorno familiar más inmediato.

Con este relato, comienza mi nueva andadura donde pretendo hacer eco a todas las instituciones y organizaciones que tienen toda o parte de responsabilidad en lo que sucede en una persona que tras 40 años de prestación de servicio, nadie, pero nadie, ni tan sólo yo como hija, se ocupa del "cierre emocional" de toda una vida laboral y quedan con unas sensaciones contradictorias de aislamiento, ansiedad, tristeza, etc. y un sinfín de otras emociones negativas que impiden su adaptación a la nueva situación.

Apuesto por un acompañamiento a la jubilación, así que te invito a "probar que no cuesta nada" y ya puedes comenzar respondiendo a dos cuestiones: ¿de qué te jubilas? y ¿de qué no te jubilas?

Yo ya inicié parte del trabajo, a partir de ahora, espero aportar más al respecto con alguna otra publicación donde pueda exponer los avances obtenidos.

3^{er} Concurso de
relatos cortos
la Salud en el Trabajo

LA JAULA DE LA VIDA
Jesús Antonio Martínez Lombó

En las laderas, a ambos lados de la carretera que discurría paralela al río Boeza, el monte estaba callado, las huellas de bocaminas y escombreras que revelaban la existencia de antiguas minas de montaña casi se habían difuminado en el paisaje.

Después de varios años regresaba al pueblo en el que había nacido encontrando que la cuenca minera del Boeza sólo era un recuerdo. Pensé que todos éramos aves presas de nuestras circunstancias, de ese destino que nos encerraba en la jaula de la vida. De ese destino que me había unido y separado de José en el rampón de una de esas minas.

Entré a trabajar, con la categoría de ayudante minero, para ayudar a José que llevaba más de diez años picando antracita. En la rampa, dábamos juntos la tira, colocábamos las puntalas y los bastidores que sujetaban el techo y el muro de la capa, y cuando el picaba, me tocaba empujar el carbón por las chapas para que se deslizara por la pendiente del testero.

Así fueron pasando los meses; una madrugada amanecí con fiebre, puede que por la humedad de la chimenea que estábamos dando o puede que el azar quisiera que me quedara en casa ese día. Eso fue lo que me salvó la vida, pues a media tarde madre me vino a decir que habían encontrado a José muerto en el rampón.

Dijeron que se habían detectado en la labor niveles muy bajos de oxígeno. Dijeron que había sido la Muerte Dulce, que José se adormeció arropado por la calidez del monóxido de carbono que invadió sus sueños para robarle la vida.

Lo que nunca se llegó a saber es que José llevaba días pidiendo un mangón y una turbina para ventilar la labor. Lo que nunca dijeron fue que la ausencia de ventilación secundaria en el rampón es lo que le arrebató la vida.

LOS EDIFICIOS Y MATERIALES SON PARA HUMANOS

Marianela Ibáñez Mellado

Señores arquitectos, señores fabricantes, señores informáticos, señores de la imprenta, señores de mobiliario, señores de librería, un poco de amabilidad con el usuario, pensad a quién va destinada vuestra obra y lo que fabricáis, estoy harta. Vamos a ver, si hacéis un edificio para que lo ocupen trabajadores, dejaros ya de hacer proyectos con grandes ventanales de esos para que entren mucha luz, si no se pueden abrir, luego ponéis unos estores en las ventanas que no tapan la luz, dejaros de estética y vamos a lo real y necesario, una cortina es para tapar luz, hay trabajos como los de oficina que demasiada luz molesta, me da el sol en toda la espalda, no podemos abrir las ventanas, el aire acondicionado roto y no hay quién resista el calor, es horroroso, la luz exterior refleja toda la pantalla del ordenador, sí, ese ordenador que no hay manera de quitarle más luz para ver las letras, termino medio ciega, y que funciona un día sí y otro día no. Por favor que necesitamos airear la oficina, que da mucho gusto que el aire ese que creo Dios se renueve, y no huela a cerrado, que echamos muchas horas y necesitamos también respirar y sentir aire fresco.

Estoy harta de que encarguen bolis que manchan las manos de tinta, del papel que si me descuido me corta, a una compañera le cortó un folio el interior del ojo, que duelen un montón esos cortes, y esas grapadoras que duran dos días, que estoy harta de los golpes que les tengo que dar fastidiandome la muñeca, ponerlas automáticas que las han inventado.

Y mi espalda, ¿le importa a alguien? me duele a rabiar, estoy cada tres por dos también con lumbalgias, las cervicales me fastidian la existencia, voy hasta arriba de calmantes, encargar sillas que sean lo más cómodas posibles que son para estar horas sentados trabajando, por favor una silla decente, que no tengas que estar dominando las ruedas para no irte veinte veces hacia atrás y hacía los lados, cada vez que te muevas un poco. Eso sí la mesa es de calidad, pues mira prefiero menos calidad en la mesa, ya que eso no me afectaría tanto como la silla, la luz, los materiales, etc.

Y los veinte mil cables que nos ponéis por el suelo, el otro día pegué una torta que cuando fueron a cogerme tuve que decirles que por favor no me tocan que estaba mareada del golpe, y no he sido la primera, ni por desgracia la última, estamos todos igual, ¡hombre! el cable del ordenador, el del alargador, el de internet, el del teléfono, y los demás que van conectados que no sé ni para qué son, estoy rodeada en mi mesa por cables, se me engancha la silla un montón de veces, cada vez que me levanto parece que estoy en la luna, levantando los pies para andar y no engancharme los tacones, de verdad, vamos a pensar un poco.

Son cosas que con inteligencia y buen hacer se pueden solucionar, igual que los cables de la luz, tuberías y demás van por el interior, en un edificio de tantos millones como el nuestro, que hubiera sido tener en cuenta el día a día dentro de la oficina, si se hacía para darle ese uso, el que hizo este proyecto, no le gusta abrir las ventanas de su casa para

ventilar, pues a nosotros también, no le gusta andar por su casa sin tropezar, a nosotros también, ah y en tu casa el aseo seguro que no lo compartes pero lo tienes ventilado, el nuestro ni una ventana y para compartir con más personal, es muy agradable y grato, la verdad y para colmo da a la oficina.

Una petición a los arquitectos y empresarios que sois los que pagáis a estos, por favor os lo ruego, ya que yo esto me lo tengo que tragar, porque no tengo de otra, os suplico que tengáis en cuenta a los trabajadores, que los habitáculos que hagáis penséis que son eso para ser habitados por personas, que no piden calidades extras, sino calidades básicas para el día a día.

Tenedlo en cuenta es sencillo, más vale brillar porque el lugar sea el adecuado, que no, por que bonito quedó estéticamente, de verdad que todos lo agradecerán.

Y ya que os gastáis un pastón al contratar la obra, no ahorréis luego en el mobiliario, que las sillas cómodas y decentes están inventadas, como muchas otras cosas necesarias y ahí economizáis, tiene gracia. Y con esto no generalizo, hay cosas bien hechas y otras no, a mí y a otros muchos nos toca la no.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

SIGLO XXI, ¿TIEMPOS MODERNOS?

Ignacio Beaumont Olaberri

Había quedado con Karmele para ir al cine, aprovechando que en la filmoteca, inauguraban un ciclo sobre Charles Chaplin, aunque no tenía muchas ganas de ir.

No sabía qué película proyectaban, y cuando vi en el programa que la primera que iban a exhibir era "Tiempos Modernos" me animé, hacía muchos años que la había visto y no me acordaba mucho de la trama. Sí recordaba que me agradó, y en mi memoria mantenía un recuerdo entre alegre y entrañable y creo que la película me cautivó.

Cuando acabó la película, me quedé clavado en la butaca mirando la pantalla sin darme cuenta, que los créditos pululaban paulatinamente de arriba abajo, y que toda la sala aplaudía con entusiasmo. Me sentí angustiado, decaído, incapaz de levantar la mirada, era como si un flash me hubiera deslumbrado y en ese destello, sentí un escozor un quemazón en el núcleo de mi esencia.

La película me miró a los ojos sin compasión y sin piedad y en ese examen de preguntas silenciosas, nuevamente me percaté que la chispa de mi vida, estaba muy tenue.

Me levanté de la butaca y moviendo ligeramente la mano e intentando sonreír, le dije adiós a Karmele.

Ya en la calle, rompí a llorar sin consuelo. En las escenas de Charles Chaplin en su jornada de trabajo, salvando las distancias, me sentí fotografiado. Ya no era un empleado sin cualificar como él; en mi trabajo estaba al frente del Departamento de Desarrollo de Productos con contacto directo diario, con el gerente de la Factoría.

Pero Charles Chaplin me ayudó a darme cuenta, que a las máquinas no les bastaba con sustituir a los trabajadores, además querían comérselos.

Mi talante, mi forma de ser, se habían transformado; mis modales con mi equipo y mi desasosiego, eran la antítesis de la cordialidad y del respeto; mi capacidad para disfrutar de las cosas había mermado mucho, mi empeoramiento del humor, mi dificultad para concentrarme, todo me indicaba que había entrado en un camino sin retorno que me llevaba al abismo.

Renuncié voluntariamente al tiempo de pausa reglamentario, porque aparte de ser un hombre débil, me sentía presionado; el ritmo acelerado, el todo para ahora, el alargar la jornada, acabó desequilibrándome.

Mis relaciones sociales se fueron deteriorando y poco a poco la relación con mi pareja entró en "stand by"; no tenía ilusión por nada, me daba todo igual, lloraba y lloraba día sí y día no.

Mi vida, su sentido, era trabajar, trabajar, y trabajar.

Han pasado ya tres años de esto que os relato, estuve siete meses de baja hundido en los infiernos. Tuve que dejar la Empresa y con ayuda, logré superar aquel horror.

Aquella noche, al salir de la filmoteca, llovía a cántaros y me refugié debajo de la marquesina del autobús nocturno; al rato, cesó la lluvia y cesaron también mis lágrimas.

Me monté en el autobús sin rumbo conocido, y como un autómatas me senté detrás del conductor, él se vuelve y como fuera de sí, con unos modales desagradables y vociferando como un poseso me espetó:

- ¡Gilipollas!, ¿vas de listo o qué? ¿no piensas pagar, imbécil de los cojones?

Me levanté, puse la tarjeta en el lector, le miré a los ojos, y sin decir nada me volví a sentar.

De nuevo volví a sentirme fotografiado, no sé el motivo de su reacción pero deseé con todas mis fuerzas, que no fuera el que yo imaginaba.

Dejé el trabajo, como ya os he dicho, y salí de aquel largo invierno. Comienzo a saborear las fragancias de la primavera, y me doy cuenta como nunca antes lo había percibido, lo bello que es florecer.

Ahora estoy de traductor en una editorial, y por casualidades de la vida, mis trabajos son para una revista especializada en cine, y de nuevo estoy recuperando una de mis grandes pasiones.

Mi estrés, se consideró accidente de trabajo y como en todo accidente, tenemos la obligación de analizar sus causas para que no vuelva a suceder.

Cuando ya mi situación personal fue mejorando quise participar en la investigación de mi desgracia, y me interrogaba las dos preguntas esenciales que hay que hacerse en todo accidente laboral: ¿hubo acción insegura?, ¿hubo condición insegura?, mi respuesta a las dos preguntas fue clara y diáfana: SÍ.

Y además, confieso, que fui cómplice en la creación y desarrollo de condiciones inseguras para otros compañeros del equipo que lideraba.

Creo que el asumir y el aceptar parte de la responsabilidad en facilitar aquellas condiciones inseguras en mi equipo, me liberó de aquel peso y de aquella carga que ya hoy, es historia.

Esta tarde voy a ir al cine con Karmele a la filmoteca; comienza un ciclo sobre Zinemaldi 2016 y vamos a ver” Un monstruo viene a verme” de J. A. Bayona, y luego nos iremos a cenar a la parte vieja.

A mi monstruo ya lo vencí. Karmele sabe mucho de aquella batalla.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

MI PEOR AMIGO

Pedro Andrés González Ruiz

Hace unos años, cuando comencé mi andadura en esta empresa, coincidí con Manuel. Él me enseñó gran parte de lo que he aprendido sobre el empaquetamiento de libros. Esa era nuestra actividad en la empresa. Durante los primeros tiempos aprendí mucho; la ilusión por hacerlo de manera autónoma y sin ayuda se unían al ánimo de cumplir con mi cometido. Tenía tal pericia que casi automaticé los movimientos, ello me permitía separar el pensamiento de la acción. y mi pensamiento empezó a tener una entidad propia.

Posteriormente, la cosa no fue también. Había adquirido gran destreza en el empaquetamiento, pero a veces me bloqueaba y no daba pie con -bolas. A pesar de que en determinados momentos iba muy bien, incluso rápido y haciendo correctamente mi trabajo; en otras ocasiones no ocurría así.

Sobre todo me ocurría en determinados momentos. Aquellos en que mi compañero se empeñaba en indicarme lo que tenía que hacer, cómo lo tenía que hacer, y aún peor cuando se obstinaba en ver cómo lo había hecho, para a renglón seguido indicarme que así no se trabajaba y, alguna que otra vez, incluso echaba para atrás el paquete que acababa de hacer y tenía que volverlo a empaquetar. Así el miedo y la duda se adueñaban de mi cuerpo. Pero, aunque no tuviera que volver a repetir el trabajo, el mal sabor de boca que me quedaba tras horas de trabajo era algo que me resultaba muy frustrante. Lo peor, quizás, es que en estas circunstancias realmente el trabajo me salía mal; trabajaba, pero sabía que no lo hacía a gusto, que no lo disfrutaba y que no rendía todo lo que era capaz, ni en calidad ni en cantidad.

No era solo que me afectara a nivel profesional, sino que mi salud también empezó a resentirse: surgieron las rigideces, los engarrotamientos y las contracturas, a veces incluso en zonas distintas a las propias de la manipulación de cargas que caracterizaba nuestra actividad.

Un día, creo que el último que le vi pues luego nos separamos, decidí coger el toro por los cuernos y se lo conté. Le dije que le quería mucho, que le agradecía todo lo que me había enseñado y que me dolía en el alma fallarle, pero que ya no podía aguantar más esta situación. Su actitud de ordenar, juzgar y supervisar, de manera continuada, me sentaba mal, no me dejaba hacer bien mi trabajo y afectaba negativamente a mi rendimiento. Además, todo ello me estaba afectando a la salud. Le dije, finalmente, que ya no tenía ilusión por trabajar, y -lo peor- que lo mejor era separarnos.

Él escuchó pacientemente, pareciera que casi no daba crédito a lo que escuchaba. Estaba entre sorprendido e indignado. No le gustaba lo que le decía, pero creo que valoraba

la sinceridad de mis palabras. Me manifestó que era la falta de confianza en mí la que estaba detrás de todo. También comentó que no se esperaba esto de mí, con lo que él se esforzaba porque saliera bien nuestro trabajo; que solo por ese afán de quedar bien es que había tomado el mando, y se afanaba por vigilar la ejecución o me comentaba los fallos solo para enmendarlos. Es verdad, admitía, que a lo mejor me pasaba un poco en las formas de comunicación, en la insistencia y en la reiteración de las órdenes, o incluso en la conclusión del castigo,... pero que siempre había puesto, lo había hecho pensando en el equipo que formábamos. Después agachó la cabeza y no añadió más, y así estuvimos hasta que sonó la sirena.

No he vuelto a verlo, pero de vez en cuando le oigo. Ya no me exige, no me juzga, no me chilla. Solo escucho, de vez en cuando, un susurro pues he aprendido a escuchar a mi crítico controlador. Ya solo, a veces, le haga caso. No le echo de menos, pero sé que está conmigo aunque ya he aprendido a callarlo. Así, en silencio: observando, pero sin intromisiones, sin interferencias en el trabajo, y dejándome hacer, convivo con él.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

EL VIAJE A LA PLAYA

José Javier Moreno Sola

¡Rápido, que alguien llame al 112!, ¡Pedro se ha caído y no responde!, ¡no lo mováis!... esto es lo último que escuchó Pedro antes de despertarse. Eran las siete de la mañana y un ruido le salvó de la pesadilla que creía estar viviendo. Ese día no escuchó el despertador.

Desde hace varios meses Pedro trabajaba en la obra que su empresa estaba realizando a las afueras de la ciudad donde vivía. Se trataba de una nave agrícola de casi quince mil m². Tenía contrato a través de una ETT hasta fin de obra y todavía quedaban más de seis meses para finalizarla. Era lo más estable que había encontrado desde hace años, cuando desapareció la empresa de construcción en la que había trabajado siempre.

Su tarea en la obra era principalmente la de encofrar, aunque si era necesario le mandaban realizar otras. Las últimas dos semanas había estado levantando un murete perimetral de hormigón pero hoy por la mañana le habían llamado para apoyar los trabajos de colocación de la cubierta. Le dieron un arnés, le elevaron con una plataforma hasta el tejado y allí, a diez metros de altura, le explicaron cual era su función, proveer de placas de chapa a dos trabajadores de una empresa subcontratada que las iban colocando y fijando a la estructura. Pasó el resto de la mañana en la cubierta. Era un trabajo incómodo y cansado porque tenía que desplazarse arrastrándose por las vigas de la estructura llevando a la vez las placas de chapa que, aunque no pesaban mucho, eran de gran volumen.

Tras la comida, antes de subir de nuevo a la cubierta de la nave, comentó con uno de los dos trabajadores que estaban arriba con él la ausencia de líneas de vida ni redes para los trabajos que estaban realizando.

- ¿Dónde enganchamos el arnés? - preguntó Pedro
- ¿El arnés? - respondió sorprendido su compañero. Eso te lo dan para quitar multas si aparece la inspección de trabajo . Arriba no van a subir a mirar y si te ven con el puesto se quedan tranquilos.
- Ya, pero lo importante es que no nos caigamos Tampoco hay redes - dijo Pedro
- Oye mira, no se... - contestó su compañero con indiferencia. Eres el único que ha preguntado por estas cosas, nunca nos ha pasado nada de eso. Tenemos que subir ya. Tu intenta no caerte y ya está.

Subieron a Pedro y a sus dos compañeros de nuevo a la cubierta. Quedaba toda la tarde todavía para volver a casa y descansar y estaba siendo un día duro.

Esa noche Pedro no descansó a pesar de haberse agotado más que ningún otro día. Se encontraba nervioso, incómodo, pesado ... No dejaba de verse a sí mismo cayendo al vacío desde la cubierta donde había estado trabajando. Un golpe de aire mientras levantaba una chapa le hacía tropezar y caer al interior de la nave. En pocos segundos notaba un fuerte golpe contra el suelo. Por la cabeza le pasaban infinidad de cosas, algunas ya vividas, otras por vivir. Le venía a la mente la imagen de su mujer dando a luz a su única hija que hoy ya tenía siete años y a la que le había prometido un fin de semana en la playa al acabar el curso, se acordaba también de su primer día en la obra, la reforma que iban a hacer en casa, el día que cerró su anterior empresa, la enfermedad de su hermano, las vacaciones siendo su niña todavía un bebé, sus padres, su primer coche, el dibujo que le hizo su niña para el día del padre, el viaje de navíos, la última victoria de su equipo de fútbol, su perro, las cenas con sus amigos...

Se despertó sobresaltado, en su cabeza el alivio de dejar de recordar de manera frenética diferentes episodios de su vida, dio paso a un fuerte dolor que le hizo estremecer. Una rigidez extrema en todo su cuerpo le hacía sentirse inmóvil. A duras penas pudo abrir los ojos y girar la cabeza, su brazo estaba lleno de tubos y agujas y en su muñeca una pulsera con unas letras que se le juntaban en la vista formando una mancha que no pudo descifrar, PRL, Pedro Ruiz López. Levantó la mirada y reconoció borrosa la cara de su mujer que entre sollozos intentaba decirle algo. Le inquietaba no saber dónde estaba, giraba la cabeza de un lado a otro intentando averiguarlo pero sólo veía manchas borrosas y eso empezó a desesperarle. Enseguida notó como una sensación de tranquilidad y sosiego le recorría el cuerpo. Empezó entonces a pensar en su niña y a planificar el viaje a la playa que le había prometido.

Ese día no escuchó el despertador. Eran las siete de la mañana pero ese día Pedro no acudiría a la obra. El ruido que le despertó era el de la máquina que le controlaba las constantes vitales a la que llevaba tres días conectado.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

DE POLILLA A MARIPOSA

Raquel Camazón Olmedo

- ¡Mire usted, señorita, ya sé yo cómo tengo que hacer mi trabajo! ¡No puedo perder el tiempo en tonterías de ese calibre!

Eso sí era un zasca... pero desde el respeto más cordial por supuesto. La voz de la experiencia hablaba, de eso no había duda... y con estas palabras comenzaba mi realidad sobre los temas de la prevención en la empresa, más allá de las cuatro paredes de la facultad. Un inicio de lo más alentador.

Claro que no podía decir que no estaba advertida, porque mira que lo habían repetido veces los profesores y técnicos de profesión que habían pasado por clase; ¡acuérdense de estas palabras!: "el técnico de prevención es la oveja negra dentro de una empresa, siempre en medio de todas las discordias, una lucha continua y diaria entre el empresario y los empleados, metido en todos los fregaos que casi siempre son malos"...

Una profesión interesante para aquellos que estábamos dispuestos a vivir cada día algo diferente, con obstáculos y siempre planteando interrogantes como la teoría del *what if*, aquella del tipo "y si...".

¡Era algo retador! Pero la verdad, aquellas palabras me sentaron como un jarro de agua fría en el ego personal y profesional que venían a reforzar la idea de aquellos que nos habían "prevenido" de alguna forma sobre lo que podíamos encontrarnos ahí fuera.

Desencaminados del todo no iban, si aquello era lo que me esperaba de aquí en adelante más valía afrontarlo desde otra perspectiva menos negativa. Toda mi ilusión de primer día, las ganas y la emoción me las tiraron por tierra con aquellas palabras, ¡si yo solo quiero que su trabajo sea más agradable y que su salud no se vea afectada por el desarrollo de sus tareas o en caso, que le afecte lo menos posible y va y se me pone así!

Todo era cuestión de experiencia, de la que aún carecía.

Me sentía como una polilla gris y fea entre toda aquella bandada de pájaros, que parecía dispuesta a comerme al menos descuido.

No entendía nada y lo entendía todo, las palabras de los experimentados iban adquiriendo sentido.

Volviendo a la realidad de la situación en la que me encontraba ante aquel compañero obcecado en la pérdida de tiempo que suponían mis recomendaciones, sobre tener que

echarse crema ya que su exposición al sol iba a ser prolongada, intentaba reponerme de este primer enfrentamiento analizando la forma de plantearle que no era algo personal capricho mío, sino que era en beneficio de su salud presente y futura.

- Está bien - le contesté. Si considera que perder un minuto en darse crema en cara y brazos cada cierto tiempo, que además le facilita la empresa, es hacer tonterías, usted mismo. Entienda que si sufre algún tipo de enfermedad en la piel por la exposición, la empresa no se hace cargo.

Antes las personas que estaban expuestas a las inclemencias del tiempo, como por ejemplo aquellos que trabajaban en el campo, no tenían este tipo de facilidades y muchos de ellos ahora están sufriendo las consecuencias de diferentes cánceres de piel.

Ahora le estamos ofreciendo la posibilidad de intentar, al menos lo que queda de nuestra mano, reducir esos riesgos.

Intentamos preocuparnos de que no vaya “quemado” a casa después de trabajar, si entre todos organizamos bien las tareas que hay que realizar, no será necesario alargar la jornada de trabajo y la exposición a las inclemencias del tiempo será la menor y en las horas menos fuertes de sol, pero durante ese tiempo que esté realizando las tareas debe estar protegido.

Después de toda esta argumentación que solté, me senti como una mariposa revoloteando, renovada y segura de mí misma de que todo era cuestión de tablas en esto de la prevención y que como en muchos otros aspectos de la vida, los palos podían venir en cualquier momento y cuando un menos se lo espera.

Y que por mi salud personal y profesional tenía que ver la prevención desde todos los puntos de vista, el del trabajador y el del empresario e intentar aunar discursos llegando al resultado más positivo posible.

3^{er} Concurso de *relatos cortos* la Salud en el Trabajo

Abril de 2017

En esta 3ª edición del Concurso de relatos cortos sobre la Salud en el Trabajo continúa impactando en nuestras vidas la dimensión psicosocial. Estrés, depresión, alienación en el trabajo se sitúan en la primera posición del dudoso ranking.

En este nuevo libro tendrás acceso a historias sobre el acceso al primer puesto de trabajo de jóvenes en condiciones de precariedad, al día a día del trabajo y al impacto en las personas del momento de la jubilación.



servicios a la ciudadanía